

VÍCTOR PARKAS

GAME BOY

UN LIBRO DE FICCIÓN,
ENSAYO Y PRIVILEGIO



VÍCTOR PARKAS

Game Boy

Un libro de ficción, ensayo y privilegio



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@cabalodetroyaeditorial



@cabalotroyaed



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Hasta, mediante y para Andrea

La irrelevancia

El bloqueo del escritor es la manera que tiene el subconsciente de advertirte que no tienes nada interesante que decir. No te enfrentes a él. No luches. La sección de la biblioteca dedicada al lacrimal del hombre blanco hetero no necesita más entradas. Tus devaneos sentimentales no interesan a nadie. Tu colección de discos no interesa a nadie. Tu historia familiar de clase obrera no interesa a nadie. Tu dominio de la retórica no va a hacer de tus problemas otra cosa diferente a lo que son: polvo en el mundo. Si fuiste cordial con tus compañeros en la facultad de periodismo, quizás veas publicada alguna reseña favorable hacia tu trabajo. Si intercambiaste apuntes con la gente adecuada, con aquellas y aquellos que terminarán, como tú, malviviendo de los medios generalistas, puede incluso que te entrevisten. Lo hacen con la esperanza de que, cuando estén en tu lugar, cuando conviertan sus problemas en un libro tan accesorio como el tuyo, seas tú quien les dediques una entrevista a ellos.

Ah, por cierto: te acabo de resumir la prensa cultural española de las últimas cuatro décadas. Cuarenta años de paz. No hay de qué. Sigamos.

El bloqueo del escritor sólo puede ser del escritor, porque lo que ha bloqueado históricamente a las escritoras rara vez ha sido intangible. Las escritoras no necesitan musas: como concluyó Virginia Wolf, un cuarto propio es suficiente para que ellas se pongan a escribir.

¿Qué detiene, entonces, al hombre que escribe? ¿Qué lluvia le frena?

El bloqueo del escritor, la tortura de la página en blanco, el parpadeo del cursor sobre la nada: son señales, tan sólo, de una asunción de oportunidades

y privilegios.

El bloqueo del escritor aparece cuando ese escritor se sabe privilegiado, porque saberse privilegiado hace que sea muy difícil sonar convincente. Sobre todo, cuando el sujeto a convencer es uno mismo. Para alcanzar esa autosugestión, el escritor parte de una mentira, y esa mentira es que *no todos los hombres somos iguales*. Los hay más sensibles. Los hay más vulnerables. Los hay, incluso, feministas. El matiz que hace distinto a un hombre de otro, sin embargo, es el mismo que hace distintos, entre sí, a dos periquitos: plumaje, pico y dureza de uñas. Yo no soy distinto a un violador. Yo no soy distinto a un maltratador. Yo no soy distinto a un proxeneta. Como varón, tengo el suficiente poder para actuar bajo cualquiera de esos tres perfiles; simplemente, he decidido no ejercerlo. He decidido ser un hombre civilizado: el equivalente, hecho carne, a una monarquía constitucional, a una banca ética, a un ejército en misión humanitaria.

Quiero una medalla.

Quiero una rebaja de pena por buen comportamiento.

Quiero ser voz principal en el coro de una cárcel donde ya ocupé el puesto de alcaide.

El bloqueo del escritor, la obsesión por sortearlo, comparte constantes con ese impulso visceral que acaba desembocando en accidentes de tráfico: se fuerzan las marchas, se adelanta en doble continua, se quitan los frenos en nombre de la luna. Y todo, para colmar la única ambición de la que un hombre es capaz: humillar a sus coetáneos. Ser el más sensible. El más vulnerable. El más feminista, incluso. Convertirse en la voz de una generación. Empujar al resto de colegas generacionales fuera de la vía. Obligarles a desempeñar aquellas ocupaciones que resten vacantes. Por supuesto, eso nunca acontece: el arcén acaba siendo casa de todos nosotros.

Porque todo hombre blanco hetero tiene, como nexo común con sus iguales,

la irrelevancia.

Skit / No quiero hablar de mi vida

«No importa si ocurrió o no,
porque cuando comienzas a escribir
todo se convierte en ficción.»

Game Boy Pocket

Dejad que os hable de mi polla. Metamos en un aprieto a todo el mundo: dejad que os hable de mi polla cuando tenía siete años, ¿de acuerdo? La primera vez que oí la palabra *fimosis* fue en la consulta de un médico al que, como mi edad imponía, no estaba prestando mucha atención. De aquel día, sólo recuerdo el techo de la sala de espera, el poderío de sus halógenos, lo exótico que se me antojaba el espacio. El hospital bien podía estar en el extrarradio barcelonés, pero yo me sentía en el Cedars-Sinai de Los Ángeles. La geografía, en cualquier caso, no habría alterado el diagnóstico: tenía siete años, un cinturón amarillo de karate y fimosis. En el coche, de vuelta a casa, mis padres empezaron una pedagogía que tendría continuidad en los días sucesivos. A saber: (1) la intervención apenas duraría una hora, (2) no me iba a doler, y (3) y más importante que ninguna de las dos anteriores, si tenía un buen comportamiento durante la cirugía, se me compensaría con un regalo a elegir.

En 1997, cualquier niño se habría dejado circuncidar a cambio de una Game Boy Pocket. Yo, además, tenía la posibilidad de hacerlo.

Viví los días previos a la operación con la impaciencia del jubilado achacoso: no veía la hora de meterme en el operatorio, terminar de una vez con todo y ponerme a jugar al *Wario Land* hasta que mis pestañas entrasen en combustión espontánea. Ansiedad de cibernovio. Ansiedad de favorito-para-el-Óscar. Ansiedad de primera fila de concierto, cuando el grupo telonero se despide, y el escenario se vacía para alojar, en breves instantes, a tu banda favorita. Esa ansiedad. Esa cuenta atrás furiosa.

Nada es eterno: tras el uno llegó el cero y tras el cero un pinchazo en el pubis. Cuando el émbolo de la aguja hizo que la anestesia empezara a recorrerme el bajo vientre, el dolor me estremeció, desapareciendo al poco, y para siempre, durante el breve tiempo que duró la operación. Quitando ese agujonazo inicial, mi prepucioplastia fue tan liviana como un corte de pelo a tazon: hasta que me cauterizaron, me la pasé contando chistes al equipo médico. Eran refritos naíf de chistes de Chiquito de la Calzada, uno tras otro, en andanada. Los cirujanos reían, bajo sus mascarillas blancas, y a mí, quizás por el globo en el que me sumió la anestesia, aquellas risas me parecieron de una sinceridad marcial.

Mi madre, auxiliar de enfermería, estuvo conmigo todo el tiempo.

Ya en el postoperatorio, al reencontrarnos con mi padre a las puertas del hospital, yo me sentía poseído por un entusiasmo irreal, como si fuera el protagonista de un musical ramplón. Hice alarde de ese vigor, insistiendo en cuál debía ser ahora la hoja de ruta: centro comercial; planta de tecnología; pasillo de videoconsolas. Aunque cualquier desvío sobre ese trazado me parecía una insensatez, mi madre era defensora de ir primero a una farmacia: quería, antes de nada, comprarme calmantes para cuando se me pasaran los efectos de la anestesia. Yo me negué, apelando a la rapidez con que sería capaz de proceder una vez en el centro comercial. Mi padre, seducido seguramente por el escenario de velocidad que yo proponía, y que él debía ejecutar al volante, hizo frente común conmigo.

Antes de llegar a los grandes almacenes, en medio de la autopista, empecé a retorcerme en el asiento de atrás del coche. Parecía Tim Roth al principio de *Reservoir Dogs*, si Tim Roth al principio de *Reservoir Dogs*, en lugar de un boquete en el estómago, tuviese la virilidad pendiendo de unos puntos de sutura. Antes de desabrocharnos el cinturón de seguridad, intercambiamos reproches, sollozos, cambios de marcha. Lloré sobre la tapicería, lloré en las

escaleras mecánicas, y lloré, por las razones equivocadas, frente al estante multicolor de las Game Boy Pocket. Cuánta belleza y cuánto daño.

—Dile a esta señora qué consola quieres, anda —me pidió mi padre, compartiendo su marrón, *yo*, con la dependienta.

—La —gimoteo— plateada —contesté, con la voz rota, la nariz llena de mocos, todavía llorando. En lugar de eligiendo videoconsola, parecía que estaba en una morgue, reconociendo el cadáver de un ser querido.

—Y el juego —mi padre, otra vez—, ¿cómo se llamaba el juego que querías?

—El *Wario Land* —dije, extendiendo el dedo índice hacia la caja del juego en un intento de agilizar aquel esperpento.

Porque eso es lo que era: no una eventualidad, ni un accidente, sino un esperpento.

Ni el dolor cesó, ni yo paré de llorar: el único cambio sustancial, incluso habiendo deglutido ya los calmantes, fue que Nintendo puso banda sonora a mi llanto. Hasta que llegamos a casa lloré, pero lo hice saltando de plataforma en plataforma, aplastando bichos, aumentando y menguando de tamaño. Mi malestar, por si me servía —y me servía— de consuelo, era un malestar en ocho bits.

Hasta mucho tiempo más tarde, no caería en la cuenta: ese día se me dieron las claves de lo que era ser un hombre; de lo que significaba ser un hombre. Aprendí cómo la testosterona puede imponerse a la sensatez. Interioricé que, de ahora en adelante, el mundo iba a brindármese así: en forma de escaparate, del que yo sólo tenía que señalar aquello que quería y esperar a que me lo bajarán. Podía comparar, desechar y elegir entre un sinfín de posibles, de juegos y modelos, y además podía hacerlo llorando. Como varón, podía disfrutar de mis caprichos sin tener, a cambio, que renunciar a la queja.

Pero, un minuto: dejad que os hable de mi polla, ¿de acuerdo?

Consenso

Tenía media melena azabache, una risa contagiosa y era tan de derechas que parecía salida de una foto de Heinrich Hoffmann. La Dama de Hierro habría pasado, a su lado, por un mero monigote de latón. *Así* de derechas. *Muy* de derechas. No hablo de la derecha civil. No de la derecha nivel usuario. No de la derecha sufragista, sino de la sufragada: ella era diputada, alto funcionariado del partido más conservador y reaccionario del país. Cada vez que, en un pleno, levantaba la mano para votar —si un compañero ausente había delegado el voto en ella, lo hacía con los dedos en señal de victoria, sonriendo con malicia a la bancada rival— hacía de mi vida, y de la tuya, un algo más miserable. Se llamaba Ingride y, fuera de su tiempo de ocio, trabajaba por entero, en cuerpo y alma, sirviendo al mal más absoluto.

Yo, por suerte, la conocí estando fuera de servicio. Ella, no yo; yo estaba trabajando. Estaba cubriendo un festival de música para el suplemento de tendencias desde el que mi diario blanqueaba el contenido neocon que escupían el resto de sus cabeceras. Como cada año, el evento resultaba ser un infierno de aburrimiento, o incluso peor: me resulta difícil imaginar un averno con semejante cantidad de marcas, logos y sponsors. Una eternidad de ascuas, tridentes y patrocinios. Qué horror, qué calor y qué miseria de sueldo a cambio. De repente, y en medio de todo, *ella*.

No recuerdo el grupo, ni el escenario, ni el día; sólo el modo en el que Ingride cruzaba su brazo izquierdo por debajo de sus pechos, mientras dejaba caer el otro hacia delante, como si éste fuera una grúa transporta-gin-tonics.

Gracias a un leve jugueteo de muñeca, su vaso daba vueltas y vueltas y vueltas y vueltas, con la celeridad prudente de una noria. Miraba a la banda con la misma desazón y la espalda igual de recta que el equipo de seguridad apostado tras las vallas, pero con una salvedad: ella no se encontraba en primera fila, sino quince pasos más atrás, perfectamente alineada con el grupo y sus baffles. Estaba en la posición logística perfecta para disfrutar del sonido directo, como lo estaba María Teresa de Austria en su butaca, permanentemente reservada, en la Scala de Milán. Quizás Ingride se había puesto allí por casualidad, quizás no. La minúscula parcela de cemento que ocupaba, en cualquier caso, parecía tan suya como aquel escaño que el pueblo le había entregado.

Por regla general, pese a mi soltería y normatividad, tengo como política no abordar a desconocidas, ni en conciertos, ni en ninguna otra parte. Históricamente, a eso se le ha llamado *timidez*, aunque mis coetáneos yanquis difieren: según *The New York Times*, un 25 por ciento de los —los— *millennials* en Estados Unidos consideran que invitar a una mujer que no conoces a una bebida es acoso sexual. Y lo es. Lo que habría que discernir es qué mentira se cuenta el 75 por ciento restante para seguir haciéndolo. Yo, un día que no recuerdo, frente a un escenario que no recuerdo, viendo a un grupo que no recuerdo, encontré *la mía*: teniendo en cuenta nuestros respectivos status, el de la diputada, el mío, me planteé el acercamiento en términos de flirteo, sino de audiencia.

Dos horas más tarde, en algo que se me antojó populismo en su grado ulterior, Ingride y yo estaríamos follando en un terraplén.

Lo que sigue es todo lo que no pasó.

No nos besamos en la boca; ella me pidió que no lo hiciera, y accedí.

No hubo *hatefuck* de clase, porque el *hatefuck* de clase no se sostiene más allá del marco teórico. El *hatefuck* de clase es un término acuñado por Lucía

Muñoz para hablar de esa tendencia del antifascista obrero, bien comunista, bien libertario, por humillar verbalmente a mujeres de una casta superior. «Putafacha.» «Te azotaría hasta que sangrases.» «Ojalá te violen.» «Te follaría, pero con odio.» Todo eso es *hatefuck* de clase, y teniendo en cuenta, por un lado, mis simpatías no irónicas para con Hugo Chávez y Kim Jong-il, y por el otro, la corrección que primó durante el escarceo con Ingrid, repito: el *hatefuck* de clase no se sostiene más allá del marco teórico. Categorías de página porno en las que jamás encontrarías nuestro revolcón: hardcore, rough, brutal, extreme, naughty, humiliation, slave.

¿Outdoor? Prueba.

No usamos condón. Ella no tenía. Yo sí, pero no se lo dije.

No podía quitarme de la cabeza, ya en el terraplén, la imposibilidad de que algo así pudiera pasar a la inversa. No estoy hablando de posturas sexuales, sino ideológicas: es muy difícil pensar que una chica en sintonía política conmigo accediera a hacer algo así, no con un derechista raso, sino con un derechista, como Ingrid, con dietas, escolta y coche oficial. ¿Tú conoces a chicas que paren desahucios por las mañanas, y por las noches retocen con la misma jauría que agiliza esos desalojos vía decreto ley? Yo, desde luego, no. Supongo que nadie quiere follarse con un funcionario que no esté dispuesto a defender, por lo menos, uno de sus privilegios. Ingrid —su partido, su programa— no viene sino a perpetuar que, si naces con polla, si tu polla es blanca, si por supuesto no transitas, la vida probablemente vaya a tratarte mejor que al resto.

No es algo que me guste, pero sí algo de lo que me beneficia.

No me corrí. Ingrid tampoco.

Era Future Islands. El grupo era Future Islands. Me acabo de acordar.

Future Islands

Festival PS, Barcelona

29 de mayo del año 2014

Ficha: 500 personas frente al escenario Pitchfork.

Momento: Samuel T. Herring y sus aullidos guturales en «Seasons».

Skit / La feminización de la política (y el clickbait)

«El titular rezaba:

“Pillan a una figura política de primera línea
vistiendo ropa de mujer”.

Por supuesto,

cuando leías la noticia

descubrías

que estaban hablando de Margaret Thatcher,

pero para entonces

ya habías comprado el periódico.»

Retablo de la muerte de la Alt-Lit

—Te quería preguntar, Laura, ¿eres multiorgásmica?

Trabajo en atención al cliente de una concesionaria de autopistas. Puedes contactar con la concesionaria por teléfono o por chat; si optas por lo segundo, con quién hablas es conmigo. Mi avatar tiene la imagen de una chica castaña, ojos azules, sonrisa diplomática, caja de texto: «Soy Laura, ¿necesitas ayuda? Entra ahora y te ayudo».

Kike quiere saber si soy multiorgásmica.

—Lo siento Kike, no puedo ayudarte en esa consulta.

Sé mejor que nadie que el género es una construcción social: yo viro de masculino a femenino de lunes a viernes, en jornadas de siete horas, a cambio de una nómina. Soy *genderfluid* no por disforia, sino por contrato. De ocho a tres, soy Laura, «¿necesitas ayuda?».

Cuando me dijeron que había pasado el proceso de selección, fue como si el tejido de la realidad se hubiera resquebrajado para manifestar alteraciones a razón de 35 horas semanales: Laura era el nombre que mis padres iban a ponerme, puesto que todas las ecos previas al parto en el que se me dio a luz indicaban, erróneamente, que nacería con genitales femeninos. Mi abuela materna, que había tenido dos hijos varones y llevaba nueve meses esperando una nieta con la que resarcirse, pasó dos semanas sin pisar la peluquería al conocer —«¡Es un niño!»— la noticia. La primera vez que mis padres me dejaron a su cargo, y a sabiendas del ateísmo de éstos, ella me bautizó en el bidet de su casa.

Como es obvio, no recuerdo qué nombre me dio. Pero puedo imaginarlo.

En los tiempos muertos, cuando no hay ningún cliente conectado, me quedo largo rato mirando el avatar de Laura, sintiendo algo semejante a un *déjà vu*. Mi ensimismamiento me sume en un trance del que despierto en noviembre de 1993, mirando el catálogo de juguetes navideños con mi abuela, poniendo los dos especial atención a las páginas impresas en tinta rosa.

—Quieres que Papá Noel te traiga un Cocolín, ¿verdad, mi vida? —me decía ella, mientras yo asentía con la convicción de quien recibe instrucciones para atracar un banco.

La ensoñación se acelera a cámara rápida, las voces adquieren frecuencia aguda, las imágenes se entrecortan: mi padre y mi abuela discuten mientras yo escribo *co-co-lín* con muy mala letra en una carta con una hoja de muérdago en una esquina y abro un paquete con el robot Megazord dentro y abro otro paquete con el robot Dragonzord dentro y otro más con una cinta VHS que incluye los dos primeros capítulos de los *Power Rangers*.

No hay más paquetes.

—Lo quieres, ¿verdad que sí, amor?

—Lo siento, Kike —salgo del trance—, como te señalé antes, no puedo ayudarte en consultas ajenas a las autopistas de las que tenemos concesión.

Los anglosajones tienen una palabra para la gente que finge en Internet una identidad distinta a la que performa en analógico: *catfish*. El término no tiene equivalente en español; la traducción más precisa, *bagre*, hace que se pierda el matiz del original, en el que depredador —*cat/gato*— y presa —*fish/pez*— forman parte del mismo neologismo. Como Kike se demora en darme réplica, decido dedicar su silencio a moldear una alternativa plausible para *catfish*, sacar al *bagre* del mar. Hacerlo universal pero exótico, esperanto pero radical, inteligible pero intraducible, y que bajo ningún concepto, que pase lo que pase, su longitud supere las tres sílabas.

Kike se desconecta; yo ya he escogido una palabra. La escribo en un chat moribundo, cuyo contenido él jamás podrá releer. Pulso «mandar mensaje».

[Laura dice] Nazipunk.

Nazipunk era mi alter-ego en el chat de una web que ya no existe. No existe, al menos, con su antiguo interfaz; la página ni siquiera tiene ya la opción de chat. Volver a acceder, acabo de hacerlo a escondidas en la oficina, ha sido extraño y ha sido triste. Como pasar por delante del bar en el que te emborrachabas con diecisiete años y que ahora tenga otro nombre y otra clientela y otro dueño y carteles de prohibido donde antes había pósters: «Os adelantamos —dice el apartado destinado a contactar con el grupo al que está dedicado el site—, que no vamos a grabar videosaludos, hacernos fotos, felicitaciones de cumpleaños, pedidas de mano y este tipo de cosas».

Las ventanas del chat tenían el fondo negro y el color de fuente blanco: cada vez que entablabas una conversación, tenías la sensación de estar programando en HTML. Yo accedía al servidor bajo ese alias, Nazipunk, y nunca me dirigía a nadie. Simplemente, lo dejaba abierto mientras estudiaba para los exámenes de selectividad, aprovechando los descansos entre tema y tema para gestionar, cada media hora, el agravio que despertaba mi nombre. Era un troll, sí, pero uno taciturno y pacífico-resistente. Una versión 2.0 de Sid Vicious paseándose por el barrio judío de París con una esvástica en su cazadora de cuero, pero en pijama y sin la amenaza del peligro físico.

No era nazi, pero sí punk, en una época dónde se podía ser punk desde habitaciones donde todavía quedaban cenefas con animales en la pared. Podías pelearte con skinheads en foros, sublimar el cosido de parches customizando tu página de MySpace y descargarla la discografía completa de The Damned para no escucharla jamás.

Podías ligar por chat con fans de Madness que, desvirtualizadas, hacían que

te temblasen las piernas al subírsete encima.

—¿Estás bien? —me preguntó.

«Soy virgen», no me atreví a confesarle.

Oh, Nazipunk: mi Celestina de imperdible y cresta.

Nazipunk era como Elvis en *El rock de la cárcel* visto por Christian Slater en *Amor a quemarropa*: malo, mezquino, obsceno, grosero.

—En esa peli nada de lo que ocurría parecía importarle —decía el personaje de Slater— salvo el rock and roll, vivir deprisa, morir joven y dejar un hermoso cadáver. Cuando le veo, te aseguro que me muero por ser como él.

Nazipunk quizás no pudiera asistirte en carreteras, pero bajaba armado a la calle y participaba en peleas de bandas. Nazipunk quizás no podía reembolsarte el abono de un peaje, pero tenía tantas conquistas sexuales como heridas en la ceja derecha. Había hombres en las ventanas, armados con rifles, preguntándoles a sus mujeres dónde estaba ese tal Nazipunk. Lo que las drag-queens hacen con los códigos de femineidad heteronormativos, Nazipunk lo hacía con la masculinidad de bebida energética y chándal militar: llevarla hasta otra atmósfera lanzándola en una catapulta del Medievo.

Yo, en cambio, sólo había besado a dos chicas entonces, nunca me había metido en una pelea, y mi actividad más punible era beber cerveza caliente en un descampado de Cornellá donde alguien había dejado abandonado un sofá con fundas beige.

Nazipunk *no era exactamente* lo que quería ser, *pero sí todo aquello* que nunca me atrevería a ser. No era una versión mejorada de mí, sino una que sólo supe hacer atractiva mediante la invención de antecedentes penales. Y funcionó: gracias a Nazipunk, besé a una tercera chica, durante semanas, cinco centímetros más alta, dos pecas en la mejilla derecha, piercing en la lengua, hoyuelos, vegetariana, pizzas de queso, un DVD de *Barrio*, un jersey de Manu Chao, una camiseta de Kortatu, Gatillazo (el grupo), gatillazo (la disfunción),

un gato gordo, la puerta del Nueva Visión, veinticinco paquetes de Lucky Strike, una madre francesa, crepes, una postal desde Montpellier, un SMS desde Hortaleza, un relato de Frédéric Beigbeder traducido a mano, la segunda gran mentira.

¿El amor dura tres años? Aquello duró tres meses.

Exactamente el tiempo que el contrato de Laura establecía como periodo de prueba.

Éste sí logré pasarlo, pero no lo habría hecho sin la experiencia que adquirí como Nazipunk: no transgredir el tono, perpetuar estereotipos, jamás reconocer errores por chat. Hay gente que puede vivir así dos vidas enteras: desde los albores de Internet, puedes reconocerlos por sus avatares en blanco y negro, sus deladoras imágenes de actores y músicos con gafas ahumadas, su fiscalización de la ortografía ajena. Hacen que la democracia representativa parezca una tabla de corcho agujereada, un atasco de tráfico en pleno agosto, un tumor benigno detectado al peor de los genocidas; un niño de diecisiete años.

Da igual si tiene o no libros, pero si elige a Johnny Cash de foto de perfil, *no te lo folles*.

Vale: Laura necesita un descanso.

En la oficina nos dan cinco minutos de pausa por cada hora de trabajo. Los llaman descansos visuales, pero toda la plantilla los pasa fijando los ojos en sus teléfonos móviles, toqueteando la pantalla con solvencia de artificiero, consumiendo datos de compañías telefónicas cuya atención al cliente está externalizada en la planta superior a la nuestra. Yo, como parte de la plantilla que soy, también opto por asumir esos cinco minutos de contradicciones a los que tengo derecho por convenio; también paso mi descanso mirando el móvil.

El teléfono empieza a vibrar, activado por una llamada entrante. Me encanta cuando sucede eso: ese cosquilleo inesperado en mis manos, como si mi móvil

fuese un gorrión que acabase de recoger del suelo, creyéndolo moribundo, y sus alas empezaran a batirse de pronto. En la pantalla no aparece ningún nombre, el contacto no está en la agenda, pero reconozco el número, me lo sé de memoria: mi abuela me está llamando. Lleva unos meses sintiéndose muy sola, sobre todo desde que se sabe la única de su grupo de amigas que no está en una residencia. Las residencias hacen con los grupos de ancianas lo mismo que hacía el servicio militar obligatorio con las bandas musicales de juventud: atomizarlas, segregadas, coartarles el derecho a reunión.

Mi descanso visual pasa de releer el número de mi abuela, nueve cifras incluyendo el prefijo, a consultar la hora en la esquina superior derecha del móvil. Me quedan tan sólo diez segundos de pausa. Descuelgo el teléfono.

—Hola, soy Laura. —Cinco segundos—. ¿En qué te puedo ayudar?

La colada

Necesitaré un par de minutos para explicarte esto.

Ayer me crucé con cinco violadores. Luego subí a casa a corregir este texto. Este texto era diferente, antes de anoche. Tenía un tono más agresivo. Nunca la leerás, esa versión del texto. Leerás esta misma y sólo ésta. La anterior contenía pasajes como el que sigue:

Si la única manera de evidenciarle a un hombre sus privilegios es al amparo de otra compañía masculina, ¿a qué espera, el aliado feminista, para poner punto y final a su desertión voluntaria? ¿A qué espera para abandonar espacios seguros, en favor de la pachanga dominguera? ¿A qué espera para regresar a su ejército regular, y regresar en calidad de agente doble? ¿A qué esperan? ¿A qué esperas? ¿A qué espero? ¿Qué señal? ¿Qué alarma? ¿Qué disparo al cielo? ¿Cuánto tiempo más, esta guerra fría? ¿Cuánto tiempo más sin romper el pacto de no agresión hombre-hombre? ¿Cuánto tiempo más sin achicar detritus, *mierda* del fuerte opresor, que no es otro que su fuerte, hasta que el hedor construya un relato común entre opresores y oprimidas? ¿Qué aliados, y en qué guerra, han salido del envite con el calzado limpio y el peinado en orden?

La idea del texto pivotaba sobre el lastre que suponía, para el feminismo, tener que estar explicando a su enemigo los porqués del propio conflicto. El texto, antes de la corrección, abogaba por la necesidad de crear un único marco para las dos partes enfrentadas: la necesidad de consensuar, antes de la llamada a filas, qué es un avión, qué un submarino y qué una bala de punta hueca. Como el opresor rara vez atiende al argumento de la oprimida, «La colada» proponía que fuese el aliado feminista XY quien se ocupara de darle

un acompañamiento al machista, ayudándole reconocer sus privilegios, no con ánimo de revisión posterior, sino de celebración y ostentación. Conseguir el equivalente heteropatriarcal al *joie de vivre* turbocapitalista de Warren Buffet y su famosa «Claro que hay lucha de clases. Pero es mi clase, la de los ricos, la que ha empezado esta lucha. Y vamos ganando».

Un machista, a diferencia de un neoliberal, nunca asumirá que lo es, pero sí puede bajar la guardia lo suficiente como para asumir sus privilegios. Basta con que otro hombre, igual de privilegiado que él, se los señale, porque eso hace que la amenaza de perderlos desaparezca.

«La colada», cuando era tan sólo un borrador, terminaba con la siguiente frase.

Los privilegios son como los utilitarios: sólo los dejas fuera del garaje toda la noche, para fardar de ellos, cuando *presupones* que nadie te los va a rallar.

Luego me crucé con cinco violadores y borré prácticamente todo lo que había escrito. Los reconocí, a los violadores, porque los violadores caminan siempre en línea, ocupando todo el ancho de vía que les es posible. Avanzan como un grupo de majorettes, nunca unos detrás de otros. Gritan y huelen a loción de afeitar. *Violan*.

También los reconocí, a los violadores, porque salen todo el tiempo por televisión. Todas las cadenas quieren entrevistarlos, como si fueran una boyband de eurodance. En España va todo muy lento.

¿Lo está siendo también esto? Algo lento, me refiero. Acabo en un minuto.

Los violadores, te decía, caminaban en línea cuando me encontré con ellos. Me los crucé en una calle peatonal, de noche. Pasé la formación por la izquierda, su izquierda. Ladeé el hombro hacia atrás, como haces cuando te cruzas con alguien con quien, de no ser por esa pequeña deferencia psicomotriz, te chocarías. Es un gesto intuitivo que los peatones hacemos un

segundo antes de cruzarnos: medio segundo para abatir nuestros respectivos hombros hacia atrás, y otro medio para pasarnos mutuamente de largo.

Ladeé el hombro hacia atrás, y tan pronto como lo hice advertí que el violador más cercano a mí, aquel que debía corresponderme en lo no verbal, ni me estaba correspondiendo, ni parecía ser el tipo de persona que cambia de idea a corto plazo. Ladeé el hombro todavía más, intentando evitar el inminente choque. Puse todo de mi parte; me convertí en el esclavo de un jeroglífico egipcio. Parecía que intentaba cambiar de dirección, sin que mis piernas respondieran.

Nos chocamos. Nada aparatoso, pero nos chocamos y el tipo ni siquiera se giró. Ninguno de los cinco lo hizo. Siguieron avanzando como majorettes, para que a nadie se le olvidase lo que eran. Yo sí lo hice; yo sí me giré. No pude dejar de lanzarles ese tipo de mirada desafiante que sólo dedicas a quien sabes alejándose y en otros asuntos. Ese tipo de mirada desafiante que nunca, jamás, lo es. No pude, tampoco, dejar de pensar en la chica sentada en el banco anclado al principio de la calle. Pasé por su lado inmediatamente antes de reconocerlos a ellos; a ellas: bolsas de basura en libertad provisional.

Pasé por su lado, y estaba sola, y hablaba por teléfono, y se reía como sólo te ríes cuando hablas con alguien con quien has compartido juego de llaves. Llevaba una chaqueta tejana con chapas de grupos que no trascendieron la primera maqueta y un lapicero color abeja sujetándole unos rizos en forma de moño. Excepto por ella, por mí, por los violadores, la calle peatonal no hacía honor a su título: hasta donde alcanzaba mi oteo desafiante, estaba completamente desierta.

Así que lo hice: me giré. Quise paladear el glamur de aquel encuentro infame. Quise servir de escudo humano ante un posible conflicto. Quise saber qué hacer si tuviese que hacer algo y no, claro que no, ni la más remota idea. Quise recordar que ésa era precisamente la definición de «escudo humano»,

pero no pude. Estaba demasiado inquieto, y era una buena noticia, porque con estar bastaba. Quise recordar que ésa era precisamente la definición de «escudo humano», pero fracasé una segunda vez y los violadores, para entonces, ya se encontraban a la altura de aquel banco; de aquella chica.

Pasaron por su lado, y seguía sola, y seguía al teléfono, y uno de los cinco le dijo alguna estupidez que no alcancé a entender. La chica se llevó el móvil al pecho, como si estuviera a punto de escuchar el himno nacional en un estadio. Pegó a los violadores cuatro gritos de esos que achantan. Excepto el que la abordó, el resto del grupo estalló en carcajadas. Ella, pude advertir, no les reconoció. Ellos, mediante portavoz, le propusieron:

—Vete a hacer la colada, puta de mierda.

Luego siguieron su camino. Ella reanudó su conversación. Yo borré el 90 por ciento de este texto.

Aunque el incidente violentó la corrección de «La colada», el capítulo ya era problematizable antes de ser atravesado por anécdota alguna: el registro airado de *enfant terrible* preconstitucional, las conclusiones de dudosa utilidad para la transformación, el paternalismo inherente de teorizar sobre luchas que deben articular otras y siempre otras. «La colada» era un edificio en ruinas, y la única forma de editarlo honestamente era peritando las distintas capas de pintura que se le habían aplicado para esconder sus rozaduras, sus humedades, sus desconchados.

Revisar privilegios también puede y debe hacerse ante el procesador de textos. Lo contrario es acabar defendiendo ideas como se defiende al amigo intoxicado y al borde de la reyerta. Lo contrario es hacer de la ausencia de dudas un acicate contra la evolución del propio argumentario. Lo contrario es caminar con los hombros rígidos y ocupando todo el ancho de vía posible. Excepto el amor a la música y el odio al fascismo, ninguna otra de nuestras certezas debería durar más de un puñado de meses. «La colada» podrá estar

maquetada y publicada, pero nunca terminada. Nunca en otro estado diferente al semiabandono.

Anoche me crucé con cinco violadores y hoy domingo terminé de corregir estas líneas, que por supuesto no llevaban el nombre de «La colada» anteayer. Lo celebré comiéndome una loncha de queso havarti de pie, en la cocina. Luego lavé los platos y cubiertos acumulados en el fregadero a lo largo del día, frotándolos con la parte esponjosa del estropajo, porque la rugosa hace que me rechinen los dientes. Después llené el tambor de la lavadora con ropa de color, rocié el depósito con detergente y suavizante, añadí al combinado una pastilla antical. Seleccioné un programa corto, de 52 minutos. Mientras se agotaban, añadí a «La colada» una cita de Marilyn French y la leí en voz alta.

Todo lo que veo, leo y oigo me dice que un hombre es aquel que fornicar y mata. Pero todo lo que veo mirando a mi alrededor me dice que un hombre es aquel que gana dinero. Tal vez ambas cosas estén relacionadas porque en nuestro mundo ganar dinero a menudo exige que se evite cuidadosamente fornicar y matar, así que las cosas se compensan.

Skit / ¿Qué es el feminismo?

«¡Es la nueva tribu urbana!
Las guerras entre tribus urbanas
ya no van a ser entre nazis y sharperos,
o entre raperos y pokeros,
sino que van a ser entre hombres
y mujeres.»

Línea chungu

Soy el que te atacó, ¿te acuerdas? Intenté hablar contigo pero no me dejaste, así que he tenido que raptarte para que puedas conocerme a fondo. Estoy seguro de que entonces te enamorarás de mí como yo lo estoy de ti. Tengo veintitrés años y cincuenta mil pesetas y estoy solo en el mundo. Intentaré ser un buen marido para ti y un buen padre para tus hijos.

Átame, PEDRO ALMODÓVAR

1

—La clavas haciendo de Makoki.

Lo dice mientras me entrega el café —largo, con leche, para llevar— y el ticket de compra serpentea entre sus dedos. Su melena pelirroja corta justo donde comienza su delantal de Coffee Station y, sobre el pecho izquierdo, un imperdible sujeta la tarjeta de cartón plastificado que la identifica como «Matilda». La caja registradora eclipsa cualquier otro punto de la cafetería a la que ella pudiera estar prestando atención, como por ejemplo, *yo*. Lo que quiero decir es que *Matilda no me mira*, pero sé que lo ha hecho en algún punto. En caso contrario, no me habría dicho:

—La clavas haciendo de Makoki.

Ya sé lo que estás pensando: «Ma-ko-¿qué?».

«El tándem de autores —expone *Cómo acabar con la Contracultura* sobre los artistas de cómic Miguel Gallardo y Juanito Mediavilla— había creado en 1977 a Makoki, uno de los personajes más icónicos del underground español que vio la luz por primera vez en las páginas de *Disco Express*. Criatura excesiva, iracunda e impetuosa, Makoki se había fugado de una institución psiquiátrica tras convertirse en el líder de una revuelta de internos después de soportar una inclemente sesión de electroshocks. El casco con los cables quemados y su camisa de fuerza le proporcionarían una indumentaria que le acompañaría en una serie de caóticas andanzas que le permitirían cohesionar a un grupo de dispares figuras del lumpen barcelonés. Personajes como Emo, el Niñato, Morgan y Cuco, todos ellos “piltrafas del arroyo” según la terminología empleada por los autores, pasarían a ser la Basca, un rico elenco secundario de las aventuras de Makoki.»

¿Tienes clara la premisa del cómic? Bien: cógela, dale una paliza, riégala en el alcohol más barato que encuentres, lánzale una pavesa encima y ni siquiera te harás una idea de lo que era *Mi Koka*, una web-serie homenaje a *Makoki* en clave de parodia lobotomizada. Si *Makoki* era un tebeo de humor y la web-serie su versión *spoof*, esta última tenía que elevarlo todo, necesariamente, al cubo: *Mi Koka*, para la que nos caracterizábamos con cartulinas, bolsas de basura, plastilina, era como leer a Gallardo y Mediavilla con 43 grados de fiebre, entre convulsiones y al borde de la parada cardiorrespiratoria. Machista, homófoba, racista, capacitista —fiel, en suma, a la obra que la inspiraba—, *Mi Koka* había creado, contra todo pronóstico, un pequeño culto a su alrededor.

¿Mi rol en la serie?

—La clavabas haciendo de Makoki.

Lo ha dicho Matilda, no yo. Antes de que me dé tiempo a reaccionar siquiera, añade un:

—El siguiente, por favor.

Mi posición es ocupada por la clienta de detrás, con su hombro solapando el mío, empujándolo hacia atrás sin tocarlo, en ese ballet extraño que sólo se da en las colas y en las discusiones entre futbolistas y árbitro. Yo, que ya estoy fuera de la línea, he cometido la idiotez de pagar con tarjeta: ni siquiera puedo volver a abordar a Matilda con la excusa de un cambio erróneo. Boquiabierto, sólo puedo mirarla y caminar de espaldas, salir del Coffee Station de espaldas, cruzar el paso de cebra de espaldas y derrumbarme, también de espaldas, en la silla de mi garita en un autolavado. No toco el café, que se enfría en mi mesa, frente a un calendario que me recuerda que hoy es viernes 13. Cuánto horror, en su sentido más intrínseco.

Hasta el lunes, Matilda.

2

Aun con el cansancio acumulado durante toda la semana, el sábado me levanto pronto para encontrarme con Xesc (a partir de ahora y en adelante, Morgan), Estanis (a partir de ahora y en adelante, Emo) y Artur (a partir de ahora y en adelante, Niñato). Lo que quiero decir es que hoy rodamos un nuevo capítulo de *Mi Koka* y lo que no quiero decir, lo que no les digo a Morgan, a Emo, al Niñato, es que probablemente sea el último episodio en el que yo haga de Makoki. Si hay despedidas a la que es mejor enfrentarse cara a cara, la de *Mi Koka* no es una de ellas. ¿Cómo iba a decirles yo, con un colador en la cabeza a modo de casco de electroshocks, que lo dejaba? ¿Cómo iban a encajar mi renuncia Morgan y Emo, directores de *Mi Koka*, enfundados en sus gorros de natación a modo de calva, en sus bolsas de basura haciendo las veces de gabardina?

No: no quiero despedirme de nadie disfrazado del puto Makoki.

Grabamos como siempre: sin focos, sin trípode, sin un equipo técnico que no seamos nosotros mismos. Eso último significa que, cuando no estamos delante de cámara, estamos detrás, sujetando el objetivo o la percha de micro. Lejos de lastrar la producción, la precariedad hace que los rodajes de *Mi Koka* tengan el mismo timing relámpago que un allanamiento de morada. Nuestros cajones por el suelo, nuestra ropa sobre las lámparas, nuestras cerraduras forzadas; nuestro equivalente a todo eso, son nuestras vidas. Somos Morgan y yo bebiendo whisky a media mañana en su cocina. Son Emo y Niñato entrándole a chicas, en discotecas, con un «habéis hecho saltar nuestro detector de zorras».

—*Mi Koka* —les dice Morgan a sus compañeros cuando terminamos de rodar, sugestionando los peores instintos de Emo y Niñato— significa mucho sexo y poco trabajo.

Lo último lo he padecido durante meses. Lo primero, si es que puede padecerse, nunca. Los únicos que hasta ahora se han acercado al reconocirme como Makoki son chicos tan hetero que, si pudiesen evitar sentir placer anal haciéndolo, cagarían por un codo. Sus voces se entrecortan al preguntarme si realmente soy quien ellos creen que soy, las manos les tiemblan al intentar hacerse selfies conmigo, sus brazos me rodean la espalda con la cautela de quien no quiere levantar sospechas por un contacto físico demasiado efusivo. Son entrañables, para lo malsana que es *Mi Koka*, y probablemente también las únicas personas que me pararán por la calle para pedirme una foto.

Y bueno, luego está Matilda.

—No, Matilda no está.

Vuelve a ser lunes y desde el mostrador del Coffee Station no hacen otra cosa que recordármelo. Tras él, una chica con la cabeza rapada viste una camiseta del *Combat Rock* de The Clash que, con el delantal de la empresa encima, marida en un «Combat Coffee Station». Sobre su pecho izquierdo, un imperdible sujeta la tarjeta de cartón plastificado que la identifica como «Núria». Matilda no está.

—¿Cómo que no está? ¿No trabaja hoy?

—Sí trabaja, pero no aquí. La han ascendido —me informa Núria—. ¿Te puedo ayudar yo en algo? ¿Un café, quizás?

—No, gracias —rechazo, como si el hecho de que Núria me sirviese café fuera una especie de infidelidad hacia Matilda—. ¿Sabes dónde trabaja ahora?

—¿Ves esa pizarra de ahí arriba? —dice Núria, señalando a la enorme carta de cafés y bollería sobre su cabeza.

—Sí, claro.

—Eso es todo lo que sé —cinco, cuatro, tres, dos uno—, *Makoki*.

Releo el busto de Núria, interiorizo ese «Combat Coffee Station», salgo afuera, cojo una silla de la terraza y la arrojo contra el ventanal de la cafetería. Se habla demasiado, y con prejuicio, de lo perniciosas que son las letras de reguetón, y poco de lo peligrosas que pueden llegar a ser las de pop. «Quizás hubiera podido pegarme, cara y ganas no me faltaban, o haber roto el escaparate de donde tú trabajas.» El cristal del Coffee Station no se rompe, pero el impacto asusta a la gente que hay dentro. Me doy por satisfecho.

—Eh —oigo a mi espalda. De forma instintiva, levanto las manos al aire, para mostrar que voy desarmado y que mi intención es colaborar con la justicia—, tú sales en *Mi Koka*, ¿no?

Hoy han publicado el primer episodio de *Mi Koka* en el que no salgo. El actor que me sustituye debe de tener unos treinta años más que yo, y verlo enfundado en mi antiguo disfraz —la bata de hospital exageradamente corta, el colador con tubos de plástico sobresaliendo— supone para mí una experiencia inenarrable.

Ahora sé cómo se sintió Tim Burton.

—Vi *Batman Forever* —declaró Burton acerca de la primera entrega de la bat-franquicia no dirigida por él, la primera con un reparto completamente nuevo—, pero no la última. No podía. Nunca había tenido una experiencia igual, me pareció algo surrealista. Estás implicado en algo y de repente ya no lo estás, aunque sigue siendo como si fuera algo tuyo. Te sientes como si hubieras muerto y tuvieras una experiencia extracorporal. Es la mejor forma que se me ocurre de describirlo. No pensaba «me gusta esto» o «me encanta aquello», estaba en estado de shock.

Mientras veo un reboot de mí mismo en la pantalla del móvil, una notificación me saca de mi shock. Tengo un nuevo mensaje. Remitente: Coffee Station. Cuerpo del mensaje:

No me gusta el nuevo Makoki. Quiero decir: pillo la gracia y todo eso. Pero me gustabas más tú.

Joder, tú la verdad es que la clavabas.

M.

PD: Un beso

Apago el móvil. Enciendo el móvil. Pongo el código de desbloqueo a la primera. El PIN, a la segunda. Abro mi bandeja de entrada. Las manos me tiemblan tanto que no parecen mías, sino las de uno de esos chicos que me

abordan para pedirme fotos.

El mensaje sigue ahí.

5

Me acuesto con Matilda.

6

En menos de dos semanas, estoy tan colgado de ella que la grúa se me lleva el coche por primera vez. Gracias a una promoción interna y a un grado de filología en la recámara, ahora Matilda trabaja en el departamento de prensa de Coffee Station. Aunque le pagan más, en privado detesta tener un trabajo de esos que la gente celebra con un «por fin algo de lo tuyo», cuando lo que en realidad quieren decir es «por fin has puesto tu vocación al servicio del capital». Matilda detesta tanto escribir newsletters y contenidos patrocinados que, cuando llega a su casa por la noche, cada día un poco más tarde que el anterior, dedica entre media hora y tres cuartos a purgar sus manos.

Primero, repasa dedo por dedo con un cortaúñas. Acto seguido, se friega las manos durante unos minutos con un jabón ecológico, olor frambuesa, sin descuidar los espacios que hay entre cada una de las falanges. Después, las sumerge en un barreño de agua tibia, sin frotarlas entre sí. Simplemente las deja allí el tiempo necesario para que el jabón suba solo a la superficie, dejando el enjuague de sus manos al capricho de la gravedad. Cuando eso ocurre, las seca con una toalla de rayón y las unta en crema hidratante. Para favorecer la absorción, mueve las muñecas como una reina que estuviese

saludando a dos multitudes a la vez, pero con la rapidez de quien se ha excedido consumiendo metilfenidato. Por último, toma una lima de color rojo y la desliza por sus uñas con tragedia de violinista.

En ese preciso instante, para evitar la dentera, me tapo los oídos con las manos y cierro los ojos con fuerza.

No es la primera noche que acompaño a Matilda en este ritual. Lo hago sentado en la taza del váter, fumando entre dos y tres cigarrillos de media, mientras ella ocupa el resto de espacios del baño para llevar a cabo su empresa. No sé cuál de las dos actitudes responde con más exactitud a un desorden obsesivo compulsivo: si la de Matilda, sacrificando una hora de sueño en beneficio de sus manos, o si la mía, mirándola embelesado mientras lo hace. Matilda permanece en silencio durante estas gincanas, lo que hace de mi presencia en ellas algo doblemente extraño. Pese a que tolera mi compañía, me siento como mirándola desde otro edificio, con un telescopio, a mucha distancia de ella. Intento llamar su atención con frases de películas que no han tenido estreno comercial, haciéndolas pasar por mías.

—¿Te acuerdas de cuando Bruce Lee derribó a un hombre de un puñetazo de una pulgada? Ojalá estuviéramos tan cerca como ellos.

Matilda me ignora. Tiene la mano derecha a medio palmo de la cara, en tensión, mientras inspecciona el limado con mirada bizca. La baja levemente, colocando las falanges a la altura de la boca. Sopla sus uñas moviendo la cabeza muy lentamente, como si fuera un aspersor regando la parte de césped bajo su jurisdicción. Luego me mira, dirigiéndose a mí por primera vez desde que entramos en el baño.

—Estoy reventada —dice, antes de que la interrumpa un bostezo—, ¿vamos a dormir?

Tres semanas después, sigo obsesionado con Matilda, pero noto como ella está empezando a establecer un perímetro de seguridad a su alrededor. Ya sólo nos vemos por la noche, en su baño, una hora antes de meternos en una cama individual donde la chica duerme de espaldas a mí. Cada día nos encontramos a horas más intempestivas y cada día me invento una excusa nueva para que mi disponibilidad tenga un evento previo como coartada. Para hacer de mi desvelo algo plausible, me invento cenas a las que no voy. Me invento conciertos a los que no asisto. Me invento programas dobles en cuyas proyecciones nunca me encontrarás.

En realidad, lo único que hago es esperar a Matilda apostado en el bar de su portal, para no perderme ningún minuto de los cuarenta y cinco que dura la eucaristía en honor a sus manos.

En la televisión del local emiten un partido de fútbol donde no soy capaz de reconocer a los equipos que juegan, ni siquiera al revisar las siglas de cada uno de ellos en el marcador. Sé, por lo menos, que es un partido irrelevante: en el bar sólo estamos la camarera, dos hombres en una esquina de la barra y, en la contraria, yo mismo. Ninguno de nosotros está pendiente del televisor.

De la misma forma que fracaso en la identificación de clubes, atino al reconocer a los dos camaradas con los que comparto bar como hombres casados. Desde aquí puedo ver sus alianzas, los rasguños que éstas dejan en las pegatinas de los botellines que se van acumulando en su hemisferio de la barra. Ellos, como yo, pero por las razones contrarias, también parecen estar haciendo tiempo antes de encontrarse con sus parejas. En ese par de colegas, atisbo todos los tics necesarios para, señalándolos como monstruos, sentirme mejor con lo que estoy haciendo y firmar la paz conmigo mismo. Me ayudan a que todas las mentiras piadosas que le estoy contando a Matilda para hacerle

creer que su agenda y la mía son perfectamente sincrónicas, a que todo el tiempo invertido en el mismo bar, con una consumición que sólo ordeno a cambio de refugio, puedan pasar por una inocua humillación privada de la que yo soy el único afectado.

Para que todo lo que estoy haciendo parezca una cosa distinta a lo que realmente es: la versión Disney de acosar a una mujer.

Que Matilda y yo sólo podamos vernos así, presos de esta dinámica, me genera tristeza, y no hay nada como la tristeza para sentirte con el derecho de asediar a alguien por tierra, mar y aire. Es como si todas esas letras cantándole al desengaño romántico, como si las pruebas de amor loco en cada serie, película, libro, hubieran medrado en nuestra educación sentimental hasta el punto de convertirnos en yihadistas emocionales. Como si nos hubieran dado herramientas para convertir nuestra pena, nuestro lamento, en una forma legítima de terrorismo afectivo. Siempre se está mal contra alguien, llorar por amor es violencia, y los de blanco con rayas azules acaban de marcar gol.

Matilda lleva dos horas sin contestarme.

8

Soy un hijo sano de la cultura del consentimiento: he convertido un *sí* de ida y vuelta que Matilda me dio hace mes y medio en un abono trimestral de viajes ilimitados. Es obvio que si tu relación con alguien se reduce a la socialización que hacéis dentro de un baño, o bien necesitas dejar la cocaína, o bien necesitas dejar el baño. Matilda y yo compartimos esa última necesidad, pero ninguno de los dos la cubrimos: en mi caso, dispongo de suficiente tiempo libre como para gestionar un idilio de vertedero, y en el caso de Matilda, cortar conmigo supondría darle a *lo nuestro* una dimensión que nunca tuvo.

Luego está ese otro fenómeno, presente en toda tragedia, llamado la tiranía del mal menor.

La tiranía del mal menor es que llovizne en una boda de Faluya. La tiranía del mal menor es un 10 por ciento de batería en una unidad de cuidados intensivos. La tiranía del mal menor es ser huérfano de padre para no serlo de madre. La tiranía del mal menor es una moqueta manchada en la casa de la que te van a desahuciar. Esa lluvia, ese 9 por ciento y bajando, ese duelo, esa felpa mancillada rige más destinos que cualquier autoridad competente. Tu miseria es la única corona que protegerías con la vida. ¿En qué te convierte eso, si no en vasallo? El mal menor reina; lo hace por imperativo legal. Yo soy el mal menor de Matilda.

¿Que cómo son los mayores? Si lees el prospecto del Bromazepam, en «cuándo tomarlo» encontrarás, en orden, los nombres de todos los ex de Matilda. Matilda me responde con un manotazo cada vez que intento cogerla de la mano, «que por aquí vive un ex mío, ¿tú estás loco o qué?». La última vez que Belle & Sebastian tocaron en la ciudad, tres ex de Matilda intentaron suicidarse. Su ubicuidad le permitió gestionar dos tercios del problema, asegurarse de que el tercero había sobrevivido sin ella, y llegar al concierto cuando todavía estaban tocando los teloneros. Su relación más longeva, Pablo, tiene la misma descripción biográfica en todas sus plataformas digitales: «Quiero que sigamos siendo amigos».

Matilda dejó Coffee Station (la cafetería) cuando su superior le confesó que estaba enamorado de ella desde que se habían conocido en la entrevista de trabajo.

Matilda llegó a Coffee Station (las oficinas) para al mes siguiente terminar en el despacho de recursos humanos; el jefe de prensa, pese a que ella todavía tenía que mirar dentro de la carpeta de formación para recordar su nombre, había roto una relación de doce años para iniciar otra con ella. Eso ponía, al

menos, la tarjeta adjunta al ramo que acababa de recibir.

Drásticas o no, las medidas de Coffee Station consistieron en cambiar a Matilda de mesa.

De la misma forma que yo podía localizar, apoyados en la barra donde la esperaba cada noche, a una fauna necesaria para reafirmar mi alteridad, Matilda encontró, en mí, al único agente masculino que le ofrecía algo distinto al resto: un increíble montón de nada.

Si Matilda y yo tenemos un hijo, esas 46 últimas palabras servirían para explicarle cómo empezó *lo nuestro*. También les servirían a tus padres y a los míos.

9

Matilda y yo ya ni siquiera nos vemos de noche. Ni en su baño, ni en la cama individual donde ella dormía de espaldas a mí. De hecho, aquellos ya no son ni su baño, ni su cama: Matilda había vuelto a casa de sus padres, una morada tan a las afueras de ciudad, en un barrio residencial tan yermo de ocio, que era imposible inventar cenas, conciertos y proyecciones previas como excusa para quedar, como nos era tradición, después de que ella saliese del trabajo.

Dice que allí, con sus padres, no se siente tan sola.

«¿Te acuerdas de cuando Bruce Lee derribó
a un hombre
de un puñetazo de una pulgada?»

No ver a Matilda se parecía mucho a verla, pero sin el olor a frambuesa. ¿Lo habíamos dejado? ¿Habíamos estado juntos alguna vez? Me lo pregunté cuando me lo preguntó Emo.

—Hey, tío —me dijo Estanis la primera vez que coincidimos tras dejar *Mi*

Koka—, ¿tú y la Matilda esa estáis de novios o qué?

—O qué —contesté yo.

Después de eso, Emo invitaría a Matilda a comer a su casa. Matilda no fue, porque ella come en el trabajo, cena en el autobús y ayuna los fines. Lo que hiciera Matilda, sin embargo, no era incumbencia de mis celos: aquellos hijos de puta me estaban corroyendo las arterias; podía notar su pálpito en mi cuello, en mis muñecas. Matilda y yo fuimos, somos y seremos nada, pero mi desazón iba a computarla, claramente, como a una ex.

Mi desazón era un cartel promocional de neones: *Matilda Forever*.

—Estás implicado en algo y de repente ya no lo estás, aunque sigue siendo como si fuera algo tuyo. Te sientes como si hubieras muerto y tuvieras una experiencia extracorporal. Es la mejor forma que se me ocurre de describirlo.

A mí no. A mí se me ocurre otra.

Un año antes del estreno de *Batman Forever*, llegaba a las librerías *La muerte de Makoki*, un cómic marcado, también, por la reestructuración de su equipo técnico: el guionista, Mediavilla, era sustituido por Gallardo, el ilustrador, que ejercería de autor completo en unas páginas que pondrían punto y final a las aventuras del personaje. Makoki, en el álbum, apenas era un rumor que el lector tan sólo podía intuir. Su verborrea daba paso a sonidos guturales. Makoki ya no abría la boca si no la abría para gritar y gruñir. Sin Juanito Mediavilla cantándole las frases desde la catacumba del apuntador, Makoki ni podía, ni tenía absolutamente nada que decir.

Pese a lo mucho que dolía, pese a lo mucho que duele, quizás fuera lo mejor.

—La época de Makoki ha pasado —explicaba Gallardo en una entrevista promocional—. El tío de los cables y su banda eran una pandilla de inconscientes de mentalidad adolescente. Parecían peligrosos en los años setenta, pero se revelan inofensivos en los noventa. Tal vez por eso la historia

va a tener un tono deliberadamente tenebroso: han pasado los años, la pandilla está dispersa y destrozada por el alcohol y las drogas, su barrio está hecho polvo y por sus calles ronda gentuza como los skinheads, que sí son realmente peligrosos. Serán los skins quienes acaben con Makoki, que sobrevive encerrado en un contenedor de basura.

¿El arma homicida? Un cóctel molotov de coñac, marca Gladiador.

Sé cómo se sintió Tim Burton, pero ya no me siento así.

Ahora mismo, me siento como Makoki, cuando las llamas se propagaron hasta llegar a su nariz y el casco de electroshocks empezó a derretírsele.

10

Niñato me recibe en calzoncillos y con una camiseta del *Urban Hymns*. Tiene medio cuerpo en la cama y otro medio contra la pared, apoyado en un póster de Oasis. Sostiene un mando conectado a una videoconsola conectada a un televisor. En su pantalla, dos equipos de hockey hielo se enfrentan entre sí; los que controla Niñato van ganando. Yo no tengo mando, pero voy con los otros.

—Hola —saludo.

—Tienes tus cosas ahí —dice con desafección medida, señalando con la nariz una de las esquinas de su cuarto.

Allí, una bolsa de plástico y, en sus asas, mis manos. La reviso para asegurarme de que está todo: la minúscula bata blanca de hospital, el colador con una diadema ajustable a mi cabeza, los tubos de plástico negro sobresaliendo de sus agujeros.

—Está todo —corroborra Niñato desde su cama—. El martes tenemos rodaje, así que deberías devolvérmelo no más tarde del lunes.

—Hecho —contesto, cruzando los dedos y levantando la bolsa del suelo—.

Niñato —digo, intentando imponerme en atención a su Sega Genesis.

Niñato, por primera vez desde que he llegado a su casa, me mira.

—¿Sabes de quién me acuerdo cada vez que te veo con esa camiseta de *Urban Hymns*?

—De quién.

—De Danko.

—¿Danko Rodríguez? ¿El de clase?

—Sí, el de clase. Sabías que se suicidó, ¿no?

—No me jodas, ¿Danko?

—A los veintiún años. Se tiró a las vías del metro con veintiún años. Y cada vez que te veo puesta esa camiseta de The Verve me acuerdo de él. Bueno, me acuerdo de su funeral. Yo no quería ir, porque había perdido el contacto con Danko, ni siquiera lo tenía agregado a Facebook. Sé que eso es una estupidez, que lo que debía hacer es ir y mostrar mis respetos a su familia y todo eso. Así que fui, ¿vale? Llegué justo a tiempo para la misa. Marcos me estaba guardando un sitio. Marcos, Marquitos; él fue el mejor amigo de Danko hasta que nos cambiaron de colegio, ¿te acuerdas? Pues Marquitos estaba hecho una mierda, Niñato. Una mierda. Y la misa, como todas las misas de este tipo, era tal despropósito que no sabías dónde meterte. Pues bueno: un amigo de la familia lee unas palabras, el cura dice lo suyo y, cuando todo el mundo daba la cosa por terminada, se nos pide que nos esperemos. Que van a poner la canción favorita de Danko. Alguien mayor, que yo supuse que sería un tío de Danko o algo por el estilo, se acerca al púlpito con un CD en la mano. Desde donde estoy sentado, puedo reconocer la portada perfectamente.

—¿El *Urban Hymns*?

—El puto *Urban Hymns*. El tío le da el CD al cura, el cura le da el CD al monaguillo y el monaguillo mete el CD en una minicadena. No selecciona canción, porque no hay ninguna canción que seleccionar: quieren que suene la

primera.

—«Bitter Sweet Symphony».

—Exacto: «Bitter Sweet Symphony». Y sonaba floja y sonaba mal y a mí me daba mucha lástima por Danko. Porque, joder, vale que yo no lo agregase en Facebook, pero nadie merece ser despedido del mundo de esa manera tan torpe. ¿Sabes qué hicieron aquellos cabrones? Cortaron la canción por la mitad, Niñato. Jurando. Vale que «Bitter Sweet Symphony» es muy larga; pero coño, que estábamos en un responso, no en un torneo de ajedrez. El caso es que, en el momento, ni siquiera pude procesar todo eso. Estaba demasiado descolocado pensando en lo poco que le pegaba «Bitter Sweet Symphony» a Danko. Tú sabes que él y Marcos eran heavies en el instituto. Que lo que les gustaba era Led Zeppelin, Deep Purple, cosas de ese tipo. Así que no entendía de repente ese rollito brit-pop. Le pregunto en voz baja a Marcos: «Oye, ¿en serio era ésta la canción favorita de Danko?». Y Marquitos, no se me olvidará en lo que me queda de vida, Marquitos me responde: «Bueno, no, seguramente no, pero qué iban a hacer, ¿poner Iron Maiden en la iglesia?».

—Exactamente... ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque «Bitter Sweet Symphony» es una mierda, Niñato. Porque el *Urban Hymns* es una estafa y todos vosotros, todos los que habéis formado parte del entramado que legitima unas músicas por encima de otras, todos los que habéis mirado por encima del hombro a los chavales con granos y muñequeras de pinchos, vosotros, vuestras patillas, vuestros polos, vuestros flequillos, sois responsables de que Danko, muerto a los veintiún años, despedazado por un metro a los veintiún años, no pudiese ser despedido como merecía, que era con «Run to the Hills» sonando flojo, sonando mal, pero con «Run to the Hills» de Iron Maiden. ¿Que por qué te cuento *todo esto* exactamente, Niñato? Para que hagas lo que hecho yo desde el primer día que te vi con esa camiseta encima: gestionarlo. Ahora *todo esto* también es tuyo.

Gestiónalo.

11

Salgo de casa de Niñato.

12

Cojo un autobús a las afueras.

13

Tengo tantas ganas de ver a Matilda que podría desintegrarme de forma espontánea.

Esto es de parte de Matilda

Cuando termino y por fin me las seco, me encanta colocar las manos en forma de pirámide alrededor de mi nariz, como ponemos las manos justo antes de estornudar. Aspiro con fuerza, toda la fuerza necesaria para que mi lengua consiga identificar el sabor a frambuesa. A crema, como sabe a crema comerse un sándwich en una piscina municipal. Cuando eso *ocurre*, la última media hora larga cobra sentido. Me humedezco los labios y cierro la puerta del baño con cuidado, sin hacer ruido; no quiero despertar a mis padres.

Casa es el sitio donde sabes que siempre te van a perdonar. Casa también es el sitio por el que puedes desplazarte de noche, a oscuras, con la gracilidad y la elegancia de una patinadora artística. Yo lo hago así: cruzo el pasillo, bajo escaleras, estudio de mi padre, palpo, palpo, palpo, palpo, *encuentro*, abro pitillera, cojo cigarrillo, cierro pitillera, golpeo el bolsillo trasero de mi jean, noto el mechero en el bolsillo de mis jeans, arriba, arriba, ¡y fuera!

Salgo de casa y me siento en la escalera de la puerta principal a fumar, con la única perturbación del rugir de los grillos. Me siento como si cada noche estuvieran allí para mí, con su «cri-cri-cri-cri, Matilda». Como si cada noche me hubieran montado una fiesta de bienvenida al barrio y el crepitar fuera su ofrenda, su pastel de manzana y arándanos. Presiono el filtro del cigarro hasta que la pastilla de menta que hay dentro hace clic y el cigarro pasa de rubio a mentolado y quién coño puede conmigo ahora.

En serio: ¿Quién? ¿Tú?

La frambuesa, la crema, la menta, amortiguan los olores de la urbanización.

La calle hoy huele a esparto, cemento mojado y alcohol barato. Coñac, creo. Coñac, seguro: cuando lanzo la colilla al suelo, noto el olor de licor flambeado pegándose un puñetazo en la mandíbula. Un reguero de fuego nace en el bordillo frente a mi portal, extendiéndose y cruzando la calle, con el nervio del balón que huye del parque infantil. El fuego llega hasta la acera de enfrente y allí empieza a trepar por las paredes de un container, devorando pegatinas a medio arrancar. La lengua de fuego relame los bordes del contenedor, arrojándose como se arroja el vagón principal en el tramo estrella de una montaña rusa.

Es entonces cuando oigo el grito.

Te lo puedo deletrear: «A-I-E-E-A-A-I».

No reacciono, porque algo me dice que no hace falta que lo haga. Me siento como todas esas víctimas de cámara oculta autoconscientes: las que no se asustan lo suficiente como para acabar en el montaje final de la broma que se emite por televisión. Siento que soy un fracaso como hipocondriaca. Mi apatía y yo vemos el contenedor arder, sintiéndonos como la versión pasivo-agresiva de un black bloc.

La tapa del contenedor se abate hacia arriba, hacia arriba y fuera. *Sale él.* Como hacía tiempo que no veía. Como nunca vi en persona. Con el casco y la bata. Con los tubos negros en la cabeza. Cubierto en llamas. Apestando a Gladiador desde aquí. No pide ayuda. No parece querer salir a rodar por el asfalto hasta quitarse el fuego de encima. Sólo arde y me mira, como un fantasma sereno en periodo de prácticas. La pasividad del muy cabrón, tan funcional como la mía, pero en circunstancias claramente más comprometedoras, hace que me entre un ataque de risa.

Vuelvo a poner las manos en forma de pirámide alrededor de mi nariz, pero esta vez lo hago para contener la carcajada. No funciona: por encima de mi cabeza, oigo abrirse la ventana de la habitación de mis padres. También las de

otros vecinos. La contaminación lumínica que genera el incendio se agrava cuando las ventanas del vecindario empiezan a encenderse. Mi barrio es como un aparato complejo lleno de leds, y no sé cuál de todos los botones debo tocar para volver a apagarlo.

Sólo quiero apagarlo. Ahora sí quiero apagarlo.

El chico sigue mirándome desde la basura, como si fuera una falla de Óscar el Gruñón. Parece a la expectativa, como reclamando algo de mi parte antes de desfallecer. Siento la responsabilidad de decir algo, *de decirle algo*, pero no encuentro las palabras. Hay tanto humo y estoy tan nerviosa que me siento cruzando la puerta de *Lluvia de estrellas*. Necesito la frase perfecta, la excusa perfecta para que el viaje hasta aquí no haya sido en balde. Palpo, palpo, palpo, palpo, *encuentro*. Lo tengo. *La tengo*.

Me aclaro la garganta. Vuelvo a esconder media cara tras el triángulo de seguridad que forman mis manos. No para deleitarme con el olor a frambuesa. No para poner bozal a mi risa. Si lo hago es para que mi voz se oiga alto, se oiga fuerte.

Tomo aire, en una inspiración que dura lo que una pértiga clavada en el suelo, y fuera:

—¡La clavas haciendo de Makoki!

Skit / Ni fotos, ni felicitaciones, ni pedidas

«Voy a empaparme en gasolina, una vez más
voy a rasparme, a ver si prendo,
y recorrer, de punta a punta, la ciudad
quemando todos tus recuerdos.»

Bananas

Mi madre me anunció la muerte de mi abuelo mientras, a mi espalda, en la televisión, una mujer semidesnuda era perseguida por un ejército de guerrilleros.

—¡He sido mordida por una serpiente! —gritaba la actriz, sujetándose uno de sus pechos y haciendo inequívoco, así, el lugar de la mordedura.

En la escena anterior, los guerrilleros recibían una formación para saber cómo actuar en casos así: el protocolo pasaba por succionar el veneno directamente de la herida de la víctima, para luego escupirlo.

Mi madre lloraba y me abrazaba, mientras a mi espalda, en el televisor, decenas de guerrilleros emprendían una carrera con el seno de aquella actriz como única meta. La secuencia empezaba y terminaba ahí: lo que ocurría cuando la alcanzaban queda en elipsis, en fuera de campo, a la imaginación de cada espectador. *De cada espectadora*. Lo que ocurría cuando la alcanzaban no forma parte del chiste. Signifique eso lo que signifique.

Cuando me separé de mi madre, no parecía haber nada más en la agenda del día. Ni mi padre, ni el padre de mi padre, allí con nosotros, parecían dispuestos a darme la charla que, por consanguinidad, mi madre, ahora huérfana, era completamente incapaz de articular. Mi abuelo materno había muerto de un infarto a los sesenta y ocho años: la secuencia empezaba y terminaba ahí.

Di media vuelta. Me senté en el suelo frente a la tele. Continué viendo *Bananas*.

Estrenada en 1971, *Bananas* supuso la segunda película en la carrera de Woody Allen (la tercera, si en el recuento contemplamos su iniciático ejercicio de remontaje y apropiación cultural *What's Up, Tiger Lily?*). Cuando el corazón de mi abuelo se detuvo, sin embargo, no era *Bananas* la película de Allen en cartelera, sino *Melinda y Melinda*, un film protagonizado por Radha Mitchell, Will Ferrell y Chloë Sevigny.

—Todavía vivo un debate interno por haber dicho sí a esa película — confesaría Sevigny catorce años después de estrenarse *Melinda y Melinda*—. ¿Si trabajaría con Woody Allen de nuevo? Probablemente no.

Un día antes, la hijastra de Allen, Dylan Farrow, visitaba el plató de la cadena CBS.

—Me llevó al ático —recordó Dylan, remontándose a un episodio compartido con su padrastro circa 1993—. Me mandó que me tumbara boca abajo y que jugase con el trencito de mi hermano. Mientras lo hacía, me agredió sexualmente. Con siete años, te habría dicho que me había tocado en mis partes íntimas. Con treinta y dos, puedo decirte que tocó mi vulva y mis labios vaginales con sus dedos.

En ficción, a ese particular instante en que el público sabe algo de la trama que el protagonista desconoce, se le llama ironía dramática, y es una licencia especialmente virulenta para con los personajes femeninos. ¿La madre de Marty McFly besándose con su hijo en *Regreso al futuro*? Ironía dramática. ¿Cameron Diaz utilizando semen como fijador en *Algo pasa con Mary*? Ironía dramática. ¿Julieta suicidándose, pensando que Romeo está muerto? Vamos, no llores: sólo es ironía dramática.

La ironía dramática, con sus códigos, también ha permeado la no-ficción: cuando mi familia se fue al tanatorio, un lugar que me sugirieron no pisar, yo me quedé bajo la tutela de un presunto[1] depredador infantil. De su cine, de su discurso, de su performance histriónica. Porque *Bananas* no sólo estaba

escrita y dirigida por Allen: él era también, como en *Annie Hall*, como en *Manhattan*, el protagonista total del film.

Woody Allen fue, en un día tan extraño como aquél, y por falta de comparecencia, una especie de figura paterno-afectiva. Una que te acaba fallando.

—Quería a mi padre —aseguró Dylan en la CBS—. Lo respetaba. Era mi héroe. Obviamente, ese hecho no borra lo que me hizo aquel día. Pero sí hace que la traición y la herida sean, si cabe, aún más dolorosas.

Woody Allen negaría, una y mil veces, las acusaciones de Dylan. Cada vez que lo hacía, cada vez que yo tenía constancia de ello, *Bananas* volvía a mi mente, a pedradas. En una de las escenas iniciales, Fielding Mellish (Woody Allen) intenta comprar revistas pornográficas a hurtadillas, cuando su discreción se ve frustrada por el dependiente en caja:

—Eh, Ralph —le pregunta el vendedor a un compañero—, ¿cuánto vale *Orgasmo*?

—Envuélvalas, hombre... —le apremia Mellish.

—*Orgasmo* —insiste el dependiente—. Este hombre quiere un ejemplar, ¿cuánto vale?

—Estoy haciendo un estudio sociológico sobre la perversión —se excusa Fielding ante el resto de clientes—. Quiero prevenir a la juventud precoz.

Ahora, con la carcajada que te provoca esa réplica, es difícil no escupir un poco de sangre.

Dando por buena la falacia que sostiene la disociación obligada entre obra y creador, falacia que convertiría el *The Love & Terror Cult* de Charles Manson en rock displicente y al *Mein Kampf* en un flyer inocuo, basta con recuperar algunas películas de Woody Allen para entender que, la reevaluación de su cine, puede hacerse también de espaldas a su biografía: *Manhattan* tiene muchas virtudes, pero eso no debería ser óbice para

problematizar las relaciones entre tipos de mediana edad como Isaac (Woody Allen) y estudiantes de instituto como Tracy (Mariel Hemingway); localizar esos grupos en *Manhattan* no supone, en ningún caso, erigirse en un filtro inquisidor. La relectura, por su propia naturaleza, no puede ser censora: volver a digerir un relato sólo puede hacerse si, efectivamente, se nos sigue permitiendo el acceso al mismo.

Yo, pese a poder hacerlo esta misma noche, no he vuelto a ver más que fragmentos de *Bananas* desde que murió mi abuelo, porque *Bananas* no es sólo *Bananas*. *Bananas* es mi padre desmayándose en mitad de la madrugada al recibir una llamada de mi abuela. *Bananas* es mi abuela dejándose el pelo largo y vistiendo de negro por un año para incompreensión de mi madre. *Bananas* es mi madre insistiendo en que lo importante es que no ha sufrido, lo importante es que no ha sufrido, lo importante es que no ha sufrido. *Bananas* es *Bananas* terminándose y una casa sin conexión a Internet y una tarde entera por llenar y una colección de cintas grabadas y *Por un puñado de dólares* entre ellas y, ¿qué vas hacer con este silencio, si no? La sacas de su funda, la empujas dentro del reproductor de vídeo y la ves por primera y última vez en tu vida.

Por un puñado de dólares tenía muchas virtudes, seguro que todavía las tiene, pero sus hallazgos no hacen menos peligrosos a los rifles Winchester 1892, ni a las ametralladoras Mitrailleur, ni al revólver Single Action Army que, en el filme, empuña Clint Eastwood.

Bananas es *Por un puñado de dólares* terminándose.

Me levanto del suelo, me meto en la cama y, por fin, me pongo a llorar.

La secuencia empieza y termina ahí.

Game Boy Advance

Los problemas crecen: dejad que os hable de la polla de mi difunto abuelo.

La polla de mi abuelo, Dios lo tenga en su gloria bajo llave y candado, era una polla de clase obrera clásica: pequeña, abultada, morena. Hubo una época en que mis dos únicas obsesiones eran la banda sonora de *El Rey León* y la polla de mi abuelo. «Hakuna Matata» y cana púbica; los buenos tiempos, ya sabes. Yo ni siquiera me refería a la polla de mi abuelo como «la polla de mi abuelo». Utilizaba algún subterfugio infantil del tipo «picha» o «pilila», pero vamos, que de lo que estábamos hablando allí era de su polla, ¿vale? A mi abuela, crucifijo al cuello y pescado los viernes, aquella obsesión le sacaba de quicio. La de *El Rey León* no, la otra. Cuando mi abuelo entraba a ducharse, yo me agazapaba en la puerta del baño, esperando a que él saliera para, en el corto tránsito que había del excusado al dormitorio, poder otear aquella espléndida polla. Yo era como la groupie de una boyband apostada a las puertas de un hotel: fiel, paciente, entusiasta. Mi abuela, como el servicio de seguridad: cuando la puerta del baño se abría, la mujer se apremiaba en rodear la cintura de su marido con una toalla que sujetaba como se sujeta un capote en una plaza de toros. A mí todo aquel despliegue, además de sumar fascinación a la fascinación, me mataba de la risa. Esa puesta en escena, sin embargo, acabaría siendo frustrante para todos los implicados: yo no veía polla alguna, mi abuela notaba la blasfemia arderle en la lengua y mi abuelo se estresaba viendo toda la gestión que le suponía salir de aquel puto baño. Ese baño fue lo peor que le pasó a mi abuelo después de la posguerra: en una

ocasión, el pobre diablo llegó a casa borracho como un piojo la madrugada previa a una boda familiar y mi abuela lo arrojó dentro de la ducha, lo roció con agua fría, y le obligó a beber café con sal, buscando purgarlo a través del vómito. ¿Sabes todas esas historias sobre managers intentando reanimar al bajista yonqui antes de un concierto? Pues así, pero en una casa con tapetes en los sofás y cocina a butano. La casa en la que me comí mi primera bofetada, ¿adivinas por qué? Por intentar verle la polla a mi abuelo, eso es. Podría decirte la baldosa exacta que pisaba cuando mi abuela me giró la cara de un revés y podría decirte la baldosa exacta que pisé cuando ese mismo revés me desplazó dos pasos a la derecha. Podría decirte a qué sabían los mocos que, en paralelo a lagrimones como nísperos, me resbalaban bigote abajo. Podría, podría, podría. Esa noche, mi familia se enzarzó en una discusión que giraba en torno a la posibilidad de que yo fuera un obseso sexual en potencia. El término empleado era ese: «obseso sexual». La sobremesa posterior fue tan agria y escandalosa que los mocos volvieron, a borbotones. Desde entonces, las pollas dejaron de parecerme divertidas. Años más tarde, cuando descubrí el porno de madrugada y a través de canales de televisión locales, los primeros planos fálicos me hacían detener la masturbación en seco. Las pollas se convirtieron en cortes publicitarios y los cortes publicitarios en material onanista: prefería hacerme una paja viendo la teletienda que consumiendo porno explícito. La única vez que mi madre me pilló haciéndolo, una mañana de verano en la que entró en mi cuarto para apagar el interruptor antimosquitos, yo estaba viendo anuncios de cepillos para el pelo. Dadme un respiro: no teníamos Internet en casa, estábamos en guerra con Irak y los tirabuzones nunca habían generado controversia en mi seno familiar. *La naranja mecánica* sí. Mis padres me prohibieron ver *La naranja mecánica*, así que la vi, pero en casa de Julián. Los padres de Julián nunca estaban en casa y lo celebrábamos cada tarde, amontonando nuestras mochilas en su

recibidor y robándoles de la pitillera un cigarro que Julián me pasaba a mí, yo le pasaba a Emilio, Emilio le pasaba a Jose, Jose le pasaba a Demian y Demian, el único de nosotros cinco que se tragaba el humo, le devolvía a Julián. Con su Game Boy Advance hacíamos lo mismo, pero sin toser y con alguna película para mayores de dieciocho años de fondo. Un mal día, *Asesino en serio*. Un buen día, *La naranja mecánica*. En ambos casos, las escenas de desnudos terminaban igual: con la Game Boy Advance por el suelo, con las pollas de mis amigos al aire y conmigo abandonando el salón principal. Creo que fui el único de mi promoción en la Escuela Salesiana que no se hizo una paja en el sofá de los padres de Julián. El primero y el último de segundo B que no se corrió con aquella cinta de *El escándalo de Mónaco* que una tarde encontramos en el cajón de los cubiertos caros, al fondo. *El escándalo de Mónaco* era un vídeo-robado de diez minutos en el que Daniel Ducruet, el entonces esposo de Estefanía de Mónaco, aparecía echando un polvo en una terraza con la stripper Fili Houteman. La grabación original era tan mala, y la cinta que heredaré Julián tan deteriorada, que había cierta heroicidad en alcanzar la polución con semejante galimatías carnal. La teletienda era mil veces más clara y mil veces más sexy. Ducruet pidió perdón a la princesa de Mónaco en el best seller *Carta a Estefanía*. Yo no voy a pedir perdón a nadie: si salías por la tele anunciando cuchillos de cocina y almohadillas para el coche cuando ETA todavía estaba en activo, probablemente haya estado enamorado de ti.

Skit / La vocación

«Si no fuese
porque me encantan las tías,
sería homosexual.
Quiero decir,
que la vocación la tengo.
Pero es que me encantan las tías.»

Temporada 96/97

Siento simpatía por los hooligans, por los ultras del fútbol, porque creo que han sabido trasladar a sus propias vidas lo frívolo y lo gilipollas del deporte que tanto aman. Creo que son los únicos que verdaderamente han comprendido la futilidad y la abyección de ese espectáculo de hora y media, traduciéndolo de la única forma posible: en puñetazos, puntapiés y bengalas de colores. La de un vándalo llorando por un mal resultado de su equipo es una idea que me tranquiliza y me da paz. Me sosiega, porque coloca al fútbol en un cerco de inquietudes y preocupaciones que no me atañen, como no me atañe una eventual subida de precio de los tásers eléctricos, de las navajas retráctiles, de las cazadoras Stone Island, ni me atañe lidiar con un abogado de oficio que no comprenda por qué destrocé, *por qué destrozamos*, aquel bar cercano al estadio.

Me sosiega, porque coloca al fútbol en un ámbito marginal, alrededor del cual es sencillo establecer un cordón de seguridad.

Ese cordón, esa línea imaginaria y profiláctica, es una quimera, pero una con la que merece la pena fantasear. Yo lo hago, mientras la rasuradora avanza, lenta, de nuca a coronilla; *las mías*. Estoy en mi peluquería habitual, haciéndome, dejándome hacer, mi corte de pelo habitual: puntas a tijera en la zona superior y máquina, a todo lo que dé, para el resto de cuero cabelludo. Eso digo, cuando me anudan al cuello la bata que me protegerá del inminente rocío capilar.

—Puntas a tijera en la zona superior —digo— y máquina, a todo lo que dé,

para el resto.

Porque, tú, ¿cuándo empezaste a dar indicaciones a tu peluquero de forma autónoma? ¿Cuándo empezaste a elegir tu propio corte de pelo? Yo, calculo, en 1997: fue la primera vez que, en lugar de echarme a llorar, facilité instrucciones a mis captores.

—Como Iván de la Peña —ordené, en lo que parecía una invocación satánica frente al espejo que tenía delante—. Házmelo como Iván de la Peña.

Iván de la puta Peña. El futbolista, cabeza al rape, estuvo jugando en el Barça, el FCB, de 1995 a 1998. Acabo de consultarlo en Internet, he tenido que consultarlo en Internet, porque ni en el lapso de tiempo que va de 1995 a 1998, ni en el que va de 1998 en adelante, nunca, ni de forma remota, mostré el más mínimo interés por el fútbol. El «como Iván de la Peña» previo al hormigueo mecánico que empezaba a recorrer, como recorre ahora, el camino que va de cervicales a cráneo, no tiene, por tanto, una explicación alternativa a la que sigue: ese peinado, ese no-peinado, era mi única vía para mostrar pertenencia a la tribu. Era mi espartana concesión de tierra y agua al ejército persa. Mi muestra de buena voluntad a familiares y amigos.

—¿Lo veis? —creía proyectar yo con aquel corte—. Me paso los recreos dibujando, pero yo *también* soy un hombre.

La inmersión en mi personaje fue tan lejos que cometí el error, mayúsculo, de apuntarme a clases de fútbol en horario extraescolar. Sólo fui a dos entrenamientos, pero el caso es que *fui* a dos entrenamientos. De nuevo, la fuerza que me había arrastrado allí estaba ansiosa por obtener marcadores de masculinidad. Quería derrapar por la arena del campo haciendo entradas. Levitar, chutar en el aire, marcar un gol de chilena. Celebrarlo con la pechera de la camiseta cubriéndome la cara. Humillar al portero y, a cambio, conseguir el nada desdeñable respeto de mis iguales.

Por supuesto, nada de eso ocurrió. El primer día, como el segundo, nos

pasamos una hora entera dando vueltas al campo. Eran órdenes del entrenador... ¿Puedes creer que ni tan siquiera sé su nombre? No quiero decir que haya olvidado su nombre, sino que *jamás* supe su nombre. Recuerdo que, de camino al campo de entreno, le pregunté a mi compañero Pere cómo se llamaba aquel tipo. Cómo nos teníamos que dirigir al entrenador.

—Quiere que le llamemos Míster —me contestó Pere, redirigiendo de nuevo mi atención al adulto que encabezaba nuestra marcha.

Se le veía derrotado, víctima del sedentarismo, con la mirada en algún punto a mil yardas. Si alguna vez mantuviese una relación BDSM en la que yo fuera la parte sumisa, «Míster» sería mi palabra de seguridad.

La revelación de ese alias, sumada a las inertes vueltas alrededor del campo, se me antojaron una especie de pruebas de resistencia, no tanto físicas, sino psicotécnicas: parecían estar buscando cuerpos extraños, llevándote al límite para tratar de medir tu tolerancia al absurdo. Era una criba: si te cuestionabas el porqué de las cosas, aunque lo hicieras en voz baja, aunque lo hicieras para tus adentros, era el propio campo quién se encargaba de expulsarte. Como cuando una escena provocativa hace que unos pocos espectadores se marchen del cine. El problema no es el resto del público, ni el proyccionista. Tú no dejas una película a medias por un desaire de la persona que vende las palomitas. Lo que te está haciendo huir de allí, lo que provoca tu exilio, es algo tan poco tangible, tan inofensivo, como la luz proyectada. Es la analogía más precisa que se me ocurre, no sé.

Lo que sé: no me atañen las navajas retráctiles; a mí sólo me importa la que ahora depura con cuidado mi cerviz. Pese a ello, siento más simpatía por los hooligans, por aquellos que esconden armas blancas en bocadillos para burlar controles de acceso al campo, que por los responsables de tolerar, en infancia ajena, la primacía absoluta del fútbol. La escuela laica también educa en el fanatismo: jefes de estudios, delineantes de patios y tutores legales trabajan,

coordinados, para que cualquier proyecto de varón pueda dedicar las mismas horas —entre recreos, entrenos y partidos dominicales— a perfeccionar un pase de banda que a recibir lecciones de historia contemporánea. Fútbol y hechos probados. Fútbol y hechos probados. Fútbol y hechos probados.

Adaptan tu vida al formato en la que te la relatarán años más tarde: telenoticias fraccionados, equitativamente, en información de interés general y *facts* futbolísticos.

—Los informativos se colocan como intermediarios entre lo que somos y lo que está ahí fuera, de modo que, en nombre de la credibilidad, tienen que poner doble interés en resaltar lo que está a la vista de todo el mundo —expuso Raúl Sensato en su vídeo-blog *Reflexiones de Repronto*—. Los informativos dedican tanto tiempo a corroborar lo que ha sucedido en los estadios deportivos porque son sucesos cuyos resultados pueden ratificar esos miles de asistentes. La pasión por retratar las nevadas o los partidos con mucho público hace que acudan allí todas las cámaras, y que no quede ninguna para retratar protestas gremiales o conflictos ciudadanos. Confirman lo que vemos —concluía—, para que nos creamos lo que no vemos.

No es demagogia: es agua tibia. Resbala por entre mis raíces, cayendo por mi coronilla, colándose por la parte trasera de mis orejas y repiqueteando en los lóbulos. Luego llega el éxtasis, y lo hace con el olor y la forma discontinua del champú. ¿Se inventarían las barberías para esto mismo? ¿Se idearían para que un macho pudiera masajear las sienes a otro, sin renunciar ninguno a sus respectivas *hombrias* en el trance? Siento tanto placer que podría desintegrarme, convertirme en una mancha sobre el cuero negro de esta butaca, hacer que las manos de mi peluquero entrechocasen al presionar contra la nada. Salpicarle los ojos con jabón, por pura falta de comparecencia.

Por respeto a mi tribu, hago un esfuerzo y pongo cara neutra.

Pongo la cara que pondrían Busquets, Amunike, Popescu, Baía, Figo,

Stoichov, Bakero, Prosinecki y el resto de compañeros de Iván de la Peña en la temporada 96/97.

Veinte años después, no sé qué otra cara poner.

Speed

Las relaciones a distancia son como esnifar speed: algo infantil y dañino que sólo deberías permitirte si estás en preparatoria y tus abuelos te dan la paga. En bachillerato, con mi propina mensual, me llegaba para un viaje en Automóviles Luarca dirección Barcelona-Madrid, un viaje en Automóviles Luarca dirección Madrid-Barcelona, cinco discos de la cubeta todo-a-un-euro y un par de gramos de sulfato de anfetamina. Speed. Se lo pillábamos a Jesús y Esther, de La Kasa de Nunka Jamás, una okupa que había en la parte baja del pueblo. Jesús no tenía dientes y Esther tenía una cresta naranja, con una pantera tatuada en uno de los laterales afeitados de la cabeza. También tenían un hijo, al que criaban y educaban, bajo supervisión de los servicios sociales, dentro de la casa okupada.

Antes de que la okupasen Jesús y Esther, en La Kasa de Nunka Jamás vivía Salva, quizás el único pies negros al que llegaron a respetar los makineros de mi instituto: se referían a él, reverencialmente, como *señor* Salva. El señor Salva no se metía speed, pero también tenía caprichos infantiles que sufragar con el sudor de los demás. Cuando llegaba Navidad, su familia le enviaba un aguinaldo que él invertía en tomar café con leche, a razón de uno por día, en la terraza de la churrería anexa a la okupa. Tino, el churrero, utilizaba la trastienda del negocio para celebrar fiestas de cumpleaños infantiles, en las que él mismo se vestía de esmoquin para atender a los críos. Muchos viernes tarde, cuando íbamos a La Kasa de Nunka Jamás a pillar, veíamos a Tino a través del cristal de la churrería, inflando globos y convirtiéndolos en

trasuntos de mamíferos. A diez metros, y con una separación de tan sólo un par de metros, se pesaba, dividía y embolsaba anfetamina en polvo.

Las okupas son paradojas arquitectónicas; las únicas casas a las que, pese al cambio de residentes, puedes seguir llamando a la puerta. La primera vez que me abrió Jesús en lugar de Salva, yo iba en traje; mi relación a distancia había terminado y lo que dejé de gastar en Automóviles Luarca me lo empecé a gastar en estética y parafernalia mod.

—Hostia, pavo —Jesús me hizo pasar—, ¿por qué vas vestido como el puto Tino?

Dentro, el espacio seguía siendo diáfano, y el interiorismo agresivamente crustie. Esther me saludó desde el sofá de la okupa, con una mano manchada de mayonesa y atún; estaba preparando huevos rellenos. Cuando se levantó para darme dos besos, aprovechó para limpiarse el relleno de las manos en sus pantalones de chándal azul.

—¿Cuánto quieres? —me preguntó Esther, refregándose las palmas de las manos entre sí.

—Lo de siempre —dije, con familiaridad parroquiana—. Un pollo de speed.

—Venga —dijo, encaminándose al frigorífico—, voy.

No seguí a Esther. Me parecía invasivo inmiscuirme, con ella, en la nevera donde, además del speed, guardaban la fruta, los yogures, el agua que cada mañana cogían de la fuente del Ayuntamiento y, donde, muy pronto, guardarían una bandeja de huevos rellenos. Jesús, junto a un racimo de cables, se peleaba con una regleta de conexión eléctrica.

—¿Qué, Jesús —le dije, por decir—, haciendo unas chapucillas?

—Todo el día llevo con esto, tío —protestó el okupa, mientras Esther sacaba el speed pastoso de un bote de plástico blanco y lo colocaba sobre una balanza electrónica.

—Bueno, eso te metes un par de tranchetes y en un momento lo tienes listo.

—No, tío —me contestó—. Si te pones a hacer esto con speed, te acabas rayando con los tornillos pequeños, ¿sabes?

Jesús me alcanzó la regleta, para que comprobase lo difícil que sería trajinar con ella bajo el patrocinio hiperveloz del speed. A los pies de Esther, sus dos pastores alemanes limpiaban a lametones los restos de relleno que quedaban en el pantalón. Esther, lejos de ahuyentarlos, seguía con sus manualidades: cortar la porción de una bolsa de plástico, meter dentro la bolita de speed, cerrarla con una, dos, tres vueltas y sellarla con un pequeño alambre. Una regleta no le era competencia: Esther, trabajando, despertaba en mí la misma fascinación que Tino en los niños con su globoflexia.

Los makineros de mi instituto odiaban a Esther. En el propio bautismo de Salva como señor Salva había un agravio comparativo: él era un buen pies negros, soltero y antisocial, frente a su hipócrita heredera Esther, que había hecho de una institución *squatter* como La Kasa de Nunka Jamás el hogar de una familia normativa y convencional. Los makineros de mi instituto la odiaban, a Esther, porque los makineros de mi instituto eran unos misóginos de mierda. No es una opinión airada, es trabajo de campo: alguna que otra noche me los había encontrado bebiendo cubatas en un durum cercano al Ayuntamiento con Sergi Xavier, un bakala que se hizo famoso por sobetear, golpear y patearle la cara a una adolescente ecuatoriana con la que se cruzó en el ferrocarril.

Si la gente no se acuerda de Sergi Xavier, Google y yo sí nos acordamos; preguntanos.

—Ten —Esther me tendió el pollo de speed—, vais a pegar botes con éste. Me lo trajeron unos colegas de Ámsterdam.

Lo tomé del alambre, como un criajo cabrón asiría una lagartija de la cola. Saqué mi cartera para pagar a Esther, pero sólo encontré un billete de

cincuenta. El gramo valía veinte.

—Espera —me dijo—, voy a ver si tenemos cambio. ¿Tú tienes cambio de cincuenta, Jesús?

Jesús y Esther palpan sus bolsillos. Mientras, yo me llevo la bolsita de speed a la nariz. Cierro los ojos y aspiro lento. El olor es una mezcla de aspirina, manzana y escabeche.

—Yo sólo tengo uno de diez —informó Jesús—, ¿te llega?

—Mierda, pues no —lamentó Esther—, no me llega. ¿Te importa si vamos un momento al cajero? —me propuso, frotándose la cresta de nuca a coronilla.

Esther y yo salimos de La Kasa de Nunka Jamás encendiéndonos un cigarrillo cada uno. Yo tiré el mío antes de entrar en La Caixa, pisoteando la colilla con mis *bowling shoes*. Ella siguió fumando, escupiendo bocanadas de humo a la pantalla luminosa del cajero.

—¿Sabes algo de Salva? —le pregunto a Esther, siguiendo el protocolo de quién acompaña al dealer a un cajero: discreción y mirada al cielo.

—Ha okupado una masía en no sé dónde, el notas. —Esther pulsó las teclas tres y cero—. Le mandé un mensaje el otro día, preguntándole si no echaba de menos La Kasa. —Esther seguía pulsando la tecla cero, maltrecha de tanto uso—. Me contestó algo así como que, una vez pruebas la miel, no quieres volver a probar la mierda. —Esther pulsó las teclas «Sacar dinero» y «No imprimir comprobante»—. Ten —dijo, y me extendió, sin que sirviera de precedente, dos billetes perfectamente lisos—, para que los estrenéis esta noche. Y recuerda, los rulos...

—... no se comparten —completé la frase, como un alumno repipi.

Esther salió de La Caixa con una embestida, yo detrás. Antes de que la puerta se cerrara, Esther se sacó el cigarro de la boca y lo arrojó dentro del banco, colándolo por el espacio todavía entreabierto. Celebró su buena puntería tirando el codo hacia abajo, emitiendo con lenguaje corporal lo que

podía haberse saldado con un «¡Hurra!». Fui a darle dos besos: uno para felicitarla, otro para despedirme. Me detuvo poniéndome índice y corazón sobre los labios, como si fuese a besarla, no en las mejillas, sino en la boca. Era la primera vez que me hacían esa especie de cobra proactiva, y me la estaban haciendo por dos putos besos de despedida; me sentía tocado, hundido y sin saber cómo proceder. Me quedé con los ojos muy abiertos y los morros espachurrados contra sus dedos, hasta que por fin los apartó.

—Espérame un momento —dijo Esther, mirando más allá de mi espalda—, ahora vuelvo.

Cuando me giré, vi la cresta de Esther alejándose progresivamente de mí y acercándose, con la misma progresión, hacia *ellos*.

Hacia *los makineros de mi instituto*.

Aquella noche, aunque todavía le quedaban unos años para acabar en prisión, Sergi Xavier no estaba con ellos. Estaban: Isbac, sentado en un bordillo, con una camiseta de Pastis & Buenri tan pequeña que le dejaba al descubierto el ombligo; Alba, mascando chicle, con un jersey beige de cuello alto marca Pitbull; Mayor llevaba una camiseta con los ojos enrabiados de No Fear y una tejana encima, con una minúscula bandera de España cosida en el brazo derecho. De los tres, sólo había dos con filiación política: Isbac, independentista catalán, y Mayor, que se definía a sí mismo como «apolítico racista», por obviar el impopular «neonazi». Como acuerdo de mínimos, ambos se toleraban gracias a un mutuo juramento de fidelidad al happy hardcore.

Esther se dirigió, directa, a Mayor.

—Eso del brazo qué es —le preguntó, mirando primero a la bandera, luego a los ojos del makinero.

—Un parche —contestó Mayor.

—Un parche de qué —repreguntó Esther, mirando otra vez a la bandera—.

Eres nazi tú o qué.

—Nazi no —negó Mayor—. Español.

La hostia que le dio Esther tenía dos trayectorias. La cara de Mayor se desdibujó, hasta tal punto que los únicos ojos que podías relacionar con él eran los de su camiseta. Como siempre que alguien con una bandera de España recibe una bofetada, el motivo de la bofetada rara vez tiene que ver con que esa persona llevase una bandera de España. En el caso de Mayor los motivos eran varios y, aunque no todos necesariamente del dominio de Esther, sí de una pequeña opinión pública: una bomber negra con esvástica que Mayor únicamente se atrevía a lucir en redes sociales; una dirección de correo tan sugerente como elputojudio88@hotmail.com; una y otra y otra ronda de roncolas en el durum del Ayuntamiento, compartiendo barra con Sergi Xavier.

—Era mi primera película —diría Álex de la Iglesia sobre las malas críticas de su ópera prima *Acción mutante*, producida por Almodóvar— y tenía la sensación de que le estaban pegando a Pedro patadas en mi culo.

Yo siempre tuve la sensación de que, aquella bofetada, Esther se la estaba arreando a Sergi Xavier en diferido, utilizando la cara de Mayor como servicio de mensajería. Era un guantazo tan rumboso que no podía estar sólo dirigido a una única persona. Una hostia tan espléndida y altruista que merecía ser repartida con la equidad de quien llena tupper tras la sobremesa de una comida navideña. Un sopapo que electrificaba incluso a sus espectadores: Isbac, Alba, yo mismo, estábamos atrapados en una imagen congelada.

Con la entrada en prisión de Sergi Xavier dilatándose siete años, que Esther zurrase a parte de su panda aquel día fue el único conato de justicia poética inmediata que obtuvo la agresión de los ferrocarriles. Un gesto de sororidad que atravesaba el espacio-tiempo y las fronteras: la bandera española cosida a la tejana de Mayor, el speed holandés en el bolsillo de mi americana, la independencia catalana palpitando bajo una camiseta de Pastis & Buenri, la

cría ecuatoriana vengada por una habitante de Nunka Jamás. La alianza de civilizaciones era extraña, y con una geografía tan escarpada que no podías imaginarte recorriéndola, ni siquiera, a bordo de Automóviles Luarca.

La imagen continuó un rato congelada, con el eco del impacto seco todavía rebotando por los muros de aquella calle y sus adyacentes. Cuando se reanudó la acción todo sucedió muy rápido: Mayor dio dos pasos atrás para increpar a Esther desde una distancia segura; Isbac y Alba sujetaron a su amigo, con una fuerza contra la que Mayor podría haber luchado, pero no lo hizo; Esther se dio la vuelta, riendo a carcajadas, mientras los makineros recapitulaban a su espalda, llevándose a rastras a Mayor. Pocos días después, sus padres denunciarían a Esther en el juzgado de delante de mi casa, por agresiones y delito de odio. Mayor se dejó crecer el pelo para la vista oral. Esther se presentó en el juicio con una camiseta de Vómito. Jamás supe cuál fue la sentencia.

—Espérame un momento —me había dicho Esther antes de encararse con Mayor.

Yo la había obedecido: estaba todavía bajo la cascada de luz azul que emitía el cajero.

Esther se me acercó, con la sonrisa limpia y sincera del bombero que baja de un árbol con tu gatito en brazos. Me dio un beso de despedida en la mejilla, sólo uno, sin apenas detenerse en ello, y emprendió el camino de regreso a La Kasa de Nunka Jamás. Cuando me giré, vi la cresta de Esther alejándose progresivamente de mí por segunda vez, excepto por un instante en el que la *squatter* comenzó a andar de espaldas, restableciendo contacto visual conmigo, todavía con aquella sonrisa de catequista.

—Te doy mi palabra —juró—, os va a flipar ese speed.

Skit / Espacios no-mixtos

«Nunca pertenecería
a un club
que admitiera como socio
a alguien como yo.»

Museos

Dan pena, las feministas chillonas que exigen igualdad con retórica de monja mula, porque son las únicas que todavía no se han dado cuenta del triste negocio que les supondría dicha igualdad: precisamente, lo que las hace diferentes a nosotros es su estratosférica superioridad.

SALVADOR SOSTRES, *Escric molt bé*

1

Piensa en la masculinidad. Piensa en la masculinidad como si fuese una nariz ajena a la altura de tu propio brazo. Cierra el puño. Flexiona el hombro. Deja caer el codo contra ella hasta que notes el retroceso. Rompe el tabique que la mantiene sujeta. Gírate y mira cómo se retuerce. Nota cómo su sangre permea hasta humedecer tu codo. Haz crujir tus nudillos, haciendo del crec-crec una amenaza. Cierra el puño. Flexiona el hombro.

Vuelve a empezar.

2

Vamos: piensa en la masculinidad. La petición era en firme. Era real: me

tenías rogando antes del codazo, con las manos entrelazadas y los ojos con un velo acuoso de súplica. Piensa en ella, como si la masculinidad fuese algo en lo que mereciese la pena pensar. ¿Lo es? La pregunta no es retórica: ¿lo es, en realidad? ¿Podrías dar la cara por ella ante un tribunal? ¿Qué pruebas usarías como coartada? Dentro de las bolsas de cierre hermético selladas al vacío, ¿qué meterías? Exactamente, ¿con qué intentarías convencer a nadie para fallar a su favor? Te estoy preguntando a ti, ¿con qué? Y más importante, ¿para qué?

La masculinidad, lo masculino, es un género. El género, según la teoría queer, es una performance. Eso reduce lo masculino a un papel. La masculinidad, a un rol escrito en un puñado de folios. El varón nace. El hombre, cultura mediante, se hace. Un varón tiene cromosoma XY y pene de nacimiento. Un hombre, así lo exige su guion, lleva calzoncillos, responde a un puñetazo con otro, y su única obligación fuera del trabajo es prender, utilizar y apagar correctamente una barbacoa. Las *nuevas masculinidades* quieren cambiar los dos últimos puntos a base de inocular en los hombres la sensibilidad que alta y baja cultura, del *Decamerón* al trap de Atlanta, les han negado una y otra vez.

Más sintético: las *nuevas masculinidades* son unos tips para vestir calzoncillos sin ser un completo indeseable. Menos sintético: las *nuevas masculinidades* son una vergüenza para cualquier idea vagamente relacionada con la emancipación real, ya no sólo de la mujer, sino de un colectivo LGTBIQ pluriemplado en mostrar al *hombre* nuevas formas *de ser*.

3

—¿Cómo se explica que, en treinta años, ningún hombre haya producido el más mínimo texto innovador sobre la masculinidad?

Eso se preguntaba Virginie Despentes en su fundamental *Teoría King Kong*. Formulada en 2006, la cuestión sigue vigente casi década y media después: ¿cómo se explica? Desde la publicación de *Teoría King Kong*, muchos de los libros de no ficción sobre masculinidades firmados por hombres, o bien construyen un discurso a través de la cita feminista, entrecomillando a pensadoras como Judith Butler, Rebecca Solnit y Caitlin Moran, o bien articulan el pensamiento desde la siempre preclara trinchera queer. En lo material, eso se traduce en *chicas y maricas* haciendo horas extra para teorizar sobre algo que atañe al hombre, pero a lo que el hombre no piensa dedicar ni un minuto de su tiempo. ¿Por qué revisar privilegios propios si pueden hacerlo otras por ti? ¿Por qué desglosar la performatividad de género, y sus toxicidades asociadas, si para eso ya están Raewyn Connell, Grayson Perry o Cecilia Winterfox?

—Es, a la vez, exhausto y distractivo que se espere de nosotras impartir lecciones básicas a hombres que no se han molestado previamente en reflexionar sobre sus privilegios —escribía Cecilia Winterfox en *Feminist Current*—. Los hombres no tienen derecho a exigir a las feministas que les eduquen. El cambio real sólo llegará cuando los hombres acepten que es responsabilidad suya educarse, no de las mujeres —añadía, sin anticipar que, cuando no hubiese mujeres a la que pedir clases particulares de igualdad, esa cruz recaería sobre lesbianas, gays, transexuales, bisexuales, intersexuales y queers.

Todas las palabras de Cecilia Winterfox, su orden, su decantación, son importantes, pero hay algunas directamente vitales; con ese «distractivo» podrían pararse balas del calibre 50. El buqué militar del término es muy conveniente: si todavía hay víctimas mortales a causa del terrorismo machista —14 en el primer borrador de este texto, 92 en toda España durante 2018 en su versión final—, todavía hay una guerra en marcha, y si todavía hay una

guerra en marcha, por fuerza, esa guerra, tiene que tener sus propias maniobras distractivas.

En el fuego cruzado, las *nuevas masculinidades* son un ejército fantasma.

4

Las *nuevas masculinidades* fraguan la teología feminista hasta convertirla en una coraza ajustable al cuerpo del hombre. Eso significa que han tomado un programa de mínimos, la igualdad entre personas de distinto género, para hacer de dicho programa la frontera última en el imaginario masculino. Si nos dividimos las tareas de casa, si todas nuestras relaciones son consentidas, si cobramos lo mismo por hacer el mismo trabajo, si nuestra voz recibe respeto y visibilidad pareja, si dedicamos idéntico tiempo a crianza y cuidados, *ya está*. Si ella no muere a manos de él, si ella no es arrastrada del portal al primero, del primero al segundo, del segundo a casa y, en casa, una paliza de las que detienen para siempre respiraciones; si todo eso no ocurre, *es suficiente*. Felicidades, chico: *tout est pardonné*.

El problema con las *nuevas masculinidades* no es lo que proponen, sino cómo blindan su techo propositivo para, en última instancia, conceder un indulto a los hombres que *simplemente acaten* la equidad entre géneros sin ofrecer resistencia. Es como si Francia se hubiese rebrandeado en *Nueva Francia* cuando Costa de Marfil conquistó su independencia: las *nuevas masculinidades* no sólo se apropian de una emancipación por la que otras lucharon antes, sino que además pretenden convertir esa apropiación en algo que merezca cantares de gesta personalizados. Las masculinidades alternativas extienden la falacia de que, dando el visto bueno a una descolonización históricamente torpedeada por ellas, basta para que la colonia prospere.

Y, si no prospera, siempre puedes calmar tu conciencia visitándola para ese voluntariado veraniego que son —un selfie, ¡sonríe!— las *nuevas masculinidades*.

5

Lo que quiero decir es que dividirse tareas, cuidados y crianza, tener únicamente relaciones consensuadas, terminar con la invisibilización del talento femenino y la brecha salarial creada ex profeso para asfixiarlo, *todo eso*, debería ser un simple preacuerdo para que la *masculinidad* puede emprender caminos realmente *nuevos*, imaginarse de otras maneras, dialogar con el resto de identidades desde posiciones, nunca más altas, pero tampoco necesariamente homólogas.

Las *nuevas masculinidades*, para ser realmente *nuevas*, tienen que estar dispuestas a tomar posiciones que las lleven a sufrir el acoso, la suspicacia, la fiscalización, la persecución que sufren y han sufrido el resto de opciones genéricas, por el simple hecho de serlo frente a una dominante. El *hombre nuevo* sólo puede serlo si acepta adoptar gestos que no den réditos de cara a la galería, si controla su apetito por acumular marcadores feministas, si detiene la propaganda de sí mismo.

Lo que sería *nuevo* es que los hombres, tan ansiosos de refundarse, desistieran para alivio del resto. Que entregasen las armas y se disolvieran. Que aceptaran, no un café para *todos*, sino un Nuremberg con las nueve, con *todas* las letras. Que preparen su defensa, que la pierdan, que sólo puedan pisar la calle recurriendo a un agente de la condicional. Que cuando la pisen, no puedan hacerlo en un número superior a dos. Que todos los grupos de hombres merodeando por espacios públicos sean detenidos, identificados y

disueltos. Que cinco tipos conjurados en un portal no puedan ser tratados de otro modo, en lo jurídico, que como es tratada una organización terrorista.

Seguro que *tienes* una opinión al respecto.

Pero ¿sabes lo que sería *nuevo* de verdad, hermano? Que te callaras.

6

Que me callara.

7

Todas las posibilidades de *hombre* que llevan el ribete de aprobación de las *nuevas masculinidades* se extienden en un abanico capacitista: cualquier teórica con diversidad mental diagnosticada es inmediatamente extirpada de su discurso. El caso más palmario es el de Valerie Solanas, autora de *Manifiesto SCUM* y dinamizadora de la única obra de arte con la que Andy Warhol ha estado vagamente relacionado.

Recibir un tiro en el costado derecho, claro.

La esquizofrenia paranoide con la que Valerie fue estigmatizada sirvió para menospreciar sus escritos, quizás los únicos del agitprop feminista de los sesenta que, de forma proactiva, diseñaron proyectos piloto para una masculinidad verdaderamente a la contra.

—Forman parte del Cuerpo Auxiliar Masculino los hombres que se emplean, metódicamente, en su propia eliminación —dispara Solanas, en la recta final de su *SCUM Manifiesto*—, los hombres que practican el bien, fueren cuales fueren sus motivos y sigan las reglas del juego de *SCUM*. He aquí

algunos ejemplos de los integrantes del Cuerpo Auxiliar: hombres que matan a hombres; biólogos que trabajan en investigaciones constructivas, en lugar de preparar guerras biológicas; periodistas, escritores, redactores jefe, editores y productores que difunden y promocionan las ideas capaces de servir a los objetivos de *SCUM*; los maricas que con un magnífico ejemplo, animan a otros hombres para desmachizarse y en consecuencia volverse relativamente inofensivos; hombres que prodigan generosamente dinero y todos los servicios necesarios; hombres que dicen la verdad –hasta ahora ninguno lo ha hecho nunca–, y guardan un comportamiento justo con las mujeres, que revelan la verdad sobre sí mismos, proporcionan a los descerebrados frases correctas que repetir y que les enseñan a las mujeres-macho las frases correctas que deberán repetir; diciéndoles que el objetivo principal en la vida de una mujer es aplastar el sexo masculino.

Si otras feministas radicales como Andrea Dworkin o Monique Wittig han recibido más respeto que Solanas ha sido porque, como muy bien señala Maria Yagoda en *Broadly* sobre las dos primeras, éstas «defendían la creación de sociedades en las que gobernarán las mujeres, aunque la mayoría de estas utopías imaginadas eran de carácter separatista». La dificultad de dichas utopías para exceder su marco teórico, sin embargo, propicia que los privilegios masculinos, aun cuestionados, salgan indemnes de toda refriega.

Pero ¿el Cuerpo Auxiliar Masculino? El Cuerpo Auxiliar Masculino sólo necesita de voluntad propia para engrosar sus filas y, con ello, generar un cambio político desde lo estrictamente personal. Lo que puso sobre la mesa Valerie Solanas terminaría cristalizando en lo que se conoce como ginarquismo, un planteamiento de las relaciones binarias donde el femdom no es un fetiche de consumo momentáneo, sino una forma de organización afectiva que incide directamente en lo doméstico.

—Una de las conclusiones a las que llegó Eloy de la Iglesia es que la única

forma de resistencia está en la vida privada —apuntaba Jordi Costa sobre el lúbrico director de *La estanquera de Vallecas*—, que la intimidad es un espacio de resistencia. El deseo es uno de los motores contraculturales desde el cual el feminismo, lo LGTB, han conseguido avanzar en el terreno público.

8

A vueltas con las *utopías imaginadas* «de carácter separatista», acongoja caer en la cuenta de que no consiguen ni tan siquiera permear en la ficción mainstream a no ser que se articulen en negativo; a no ser que muten en *distopías imaginadas*. Ése es el caso de *El cuento de la criada*, una novela de Margaret Atwood que ha alcanzado repercusión masiva gracias a su adaptación catódica. En ella, las mujeres no tienen derechos, se dividen en castas, y la más baja de todas ellas acoge a las llamadas «criadas», esclavas reproductivas cuya única misión es procrear a la carta para la tecnocracia patriarcal Gilead, antes conocida como Estados Unidos.

Con el neoliberalismo presionando en todo el mundo para que la gestación subrogada se convierta en un derecho civil, se antojan generosas las descripciones que celebran *El cuento de la criada* como material de ciencia-ficción. Dicho de otro modo:

—¿El Museo de Margaret Thatcher? —tuiteaba Bobson Dugnutt en 2015—. Mirad a vuestro alrededor. Estáis *puto* viviendo en él.

La distinción entre *utopía* y *distopía* casi siempre radica en el lado de la trinchera desde el que estés imaginando un régimen futuro. En *Escombros*, serie en cómic firmada por Dave Cooper, una sociedad de coches voladores y pistolas láser va encaminada, entrega a entrega, hacia un sistema matriarcal y lesbiano auspiciado por alienígenas. Los hombres, o bien son asesinados, o

bien confinados en celdas donde se les obliga a masturbarse, con vistas a recolectar el semen resultante.

—A *Escombros* se le podría acusar de ser altamente misógino, surgido de una mente ansiosa y paranoica —escribe en la introducción de la primera entrega Eric Reynolds, el editor del cómic—. Eso sería erróneo, por supuesto. Como [el también controvertido dibujante de tebeos Robert] Crumb, Dave ama a las mujeres; yo respondo por él. Tiene una esposa adorable y un feliz matrimonio y nunca ha roto con ninguna novia suya que luego se haya hecho lesbiana.

Aunque las mujeres que aparecen en el cómic son retratadas por Cooper, reconoce su editor, como «reaccionarias y castigadoras hasta niveles preocupantes», el nido underground de *Escombros* permite a su dibujante imaginar, con una mirada más o menos viciada, aquello que la ficción de alcance pop no se atreve: la feminidad tomando y ostentando el poder con un rigor absolutista. El prime time se evita, así, tener que lidiar con diálogos que, por muy retrógradas que sean las manos que los escriban, susciten revelaciones.

—O sea —le dice el protagonista de *Escombros* a su exnovia, cuando ésta le cuenta el futuro planeado por ella y sus compañeras—, que dentro de un millón de años el planeta estará infestado de crías de aliens y lesbianas... Genial.

Ella, Audrey, baja la mirada y, mientras juguetea con una botella, le contesta:

9

—No puede ser mucho peor que lo que teníamos ahora.

La resignación de Audrey es la de las *nuevas masculinidades*, con la diferencia de que éstas, por decisión propia, han colocado sobre sus cabezas un techo de cristal donde debería haber un cielo abierto. Un hombre debería ser algo más que las opresiones que ejerce o deja de ejercer abrazando una masculinidad alternativa. Su generosidad, algo más que una bota alzándose del cuello ajeno. Su lista de complementos, atributos distintos a unos shorts, una bolsa de carbón y un atizador metálico.

Si no tiene más que ofrecer que eso, si no hay nada más que eso, si el hombre sólo puede ser con respecto a lo que era, si el hombre —duele reconocerlo— en realidad *no es nada*, que actúe en consecuencia; que se atomice. Que no tome como role model al Marlon Brando de *Salvaje*, sino al que se ausentó de la ceremonia de los Óscars en 1973 para ceder su espacio en el púlpito de premiados a la nativo-americana Sacheen Littlefeather.

Que no tome como role model al Marlon Brando de *Un tranvía llamado deseo*, sino al de nuestros días y al de los días que vendrán. Que su cuerpo embalsamado descansa en museos de historia natural, junto a pequeños marsupiales, enormes elefantes y pequeños petirrojos.

Si el hombre es una performance, que alguien encienda las luces y active la alarma de incendios. Que alguien, por favor, nos devuelva el precio de la entrada. Que un hombre no sea otra cosa que su mano ondeando un pañuelo blanco desde el camarote, con vistas a un puerto abarrotado para despedirlo. Que la calma chicha lo devore durante siglos, hasta que no sea más que un eslabón perdido, un disfraz de Halloween. Un objeto de colección esperando su revival. La amenaza para modular el comportamiento de una guardería.

Ésta es la línea; si tan hombre eres, crúzala. Desaparece.

No puede ser mucho peor que lo que teníamos hasta ahora.

Codeisan

Yo no destacaría ninguna cualidad de mí mismo. Si yo pudiera, desaparecería. A mí no me gustaría morir: a mí me gustaría desaparecer. Desaparecer es la suprema elegancia en el morir.

JAUME SISA

1

Cuando un hombre desaparece, ¿adónde va? No cuando lo cubren coronas de flores: cuando desaparece. Cuando ni siquiera está colgado de farolas y fachadas, en fotocopias con su cara, con su nombre, con lo último que llevaba puesto, ¿qué llevará puesto ahora? ¿Dónde estará ahora? ¿Con quién estará ahora? Ahora, ¿qué? Ricardo Solfa desapareció a finales del año 2000, de la única forma en la que Ricardo Solfa podía desaparecer: convocando a medios y prensa.

—Madrid ya no es la ciudad acogedora y cálida, la ciudad libre y hermosa, valiente y canalla, suave y magnífica que yo conocí —lamentaba el cantante de boleros, vecino de la capital española desde 1986—. Ahora es triste. Y está como cansada. Me voy, ya le digo.

Solfa cumplió su palabra: se fue. A sus espaldas, tres álbumes, dos singles y un programa en la televisión pública española, *España en Solfa*. Sobre toda su producción, la sombra de una duda: ¿era Solfa un personaje inventado por

Jaume Sisa? Si bien la excedencia artística del cantante galáctico coincidía con el periodo de actividad de Ricardo Solfa en Madrid —*Transcantautor*, de 1984, marcaría una elipsis en la discografía de Sisa que no cejaría hasta 1996 —, ambos artistas negarían compartir cuerpo y zapatos.

—Solfa ahora está retirado —explicaba Sisa pocos años después de grabar *El Viajante* con Ricardo—. Está de retiro en Murcia, en la Manga del Mar Menor. Allí tiene un chiringuito con un par de colegas, un alemán y un inglés que tocan el saxo y la armónica. Tocan pasodobles, para los turistas.

2

de: neomod@hotmail.com

para: promo@satelitek.com

Hola, com esteu?

Sóc un periodista de Barcelona que està intentant contactar amb Ricardo Solfa.

Segons una entrevista que li van fer a en Jaume Sisa l'any 2000, Solfa es trobaria a Múrcia. Encara hi manté contacte, el Jaume, amb el Ricardo? M'agradaria fer-li una petita entrevista a en Solfa; tant de bo m'hi pugueu donar un cop de mà.

Moltes gràcies.

3

De madrugada, un vecino del edificio anexo come pipas en el balcón. Lo oigo porque tengo el ventanal abierto. Lo oigo porque en la calle no se oye nada más. Miro mi móvil y acumula notificaciones, pero ninguna tiene importancia. Ninguna es importante. Ahí fuera el crujido de las cáscaras separadas al morder continúa. El sonido basta para irritarme la punta de la lengua y para

secarme la boca y para hacerme levantar a por agua, que es lo que hago. Veintidós pasos después, los problemas del primer mundo llegan a lo grande: las baldosas de la cocina están frías y hay un fantasma mirándome directamente a los ojos. No he reparado en él hasta que he cerrado la nevera, como si el ruido amortiguado de la goma que cubre la puerta del frigorífico hubiera dado pie a su aparición.

Sé que las baldosas están frías porque voy descalzo, y sé que se trata de un fantasma porque, aunque me dejé las gafas en la mesilla de noche, es el único elemento de la cocina que vislumbro con nitidez. Esa particularidad, esa anomalía visual, me sorprende mucho más que el fenómeno paranormal en sí. Tanto, que ni siquiera teatralizo mi susto de la forma en que una ocasión como ésta merecía. No hay grito, ni respingo, ni jarra de agua impactando contra el suelo y poniendo en peligro mis pies. Simplemente nos quedamos allí los dos, mirándonos a los ojos como en una boda cuáquera.

No calificaría el encuentro como terrorífico. O sí, lo calificaría como terrorífico, pero no el tipo de terror que sientes al ver una película de miedo. Más bien, experimento esa inquietud de quedarte a solas en el ascensor con una persona a la que no le diriges, a la que has dejado de dirigir la palabra. Esa turbación de estrechar la mano, de dar dos besos, a la nueva pareja de tu ex. «Hola, un gusto, qué tal.» Como toparte con un conocido del que no recuerdas nombre, ni contexto en el que os conocisteis, pero que ya agita su mano saludándote desde el otro lado del semáforo, mientras mengua la numeración del contador para peatones. Ese tipo de terror, pero descalzo. Y con un fantasma delante.

Mi sobresalto ha entrado en un tiempo de prórroga que se está haciendo eterno; no creo que llegue a manifestarse ya en forma alguna. Mi incomodidad surge de ahí: de lo poco satisfactorio que está resultando un fenómeno, a todas luces, extraordinario. No está yendo bien, y no está yendo bien para ninguna de

las partes: ni para mí, ni mucho menos para el fantasma. Por el modo en que me mira —porque es lo único que hace: mirarme—, localizo en él, en sus ojos, un conato de pena que poco tiene que ver, que no parece tener que ver con su condición de no-muerto. De no-vivo. Su estigma, su cruz, es no haber provocado en mí ninguna reacción. Fracasar como fantasma, ¿te lo puedes imaginar?

Si todo estuviese yendo de otra manera, si todo estuviese yendo bien, me preocuparían futuribles como que el espíritu hiciese levitar el cetril y lo lanzara contra mi frente. O que me poseyera. Que tomara el control de mi cuerpo para arrojarlo al patio interior con el que comunica la ventana de la cocina. Ese tipo de elucubraciones serían las ideales, pero ninguna de ellas me aqueja, porque nada está yendo bien. La situación se está empezando a volver embarazosa. No lo parece, pero estoy de los nervios y, como siempre que estoy de los nervios sin que lo parezca, enciendo mi móvil. Las mismas notificaciones, ninguna tiene importancia. Ninguna es importante.

Deslizo el dedo por la pantalla táctil, de derecha a izquierda, y mi smartphone se convierte en una cámara de fotos. En la pantalla, las baldosas frías, el lavaplatos y la mitad inferior del fantasma; el encuadre cortándole a la altura del bajo vientre. Me da apuro alzar el teléfono, intentar capturar una imagen más general de su fisionomía. De su cara. De esos ojos turbios y frustrados. Muevo el índice por encima de la pantalla, pero sin llegar a tocarla. Trato de hacerle creer que estoy consultando mis redes sociales, leyendo en diagonal alguna noticia falsa, revisando los mensajes de ese chat grupal que siempre leo, pero en el que nunca participo.

Trato de aparentar cualquier cosa, excepto que estoy intentando tomarle una foto.

Porque, ¿estoy intentando tomarle una foto? ¿O únicamente busco algo que hacer con mis manos antes de que la ansiedad me devore? ¿Habría echado

mano a un paquete de Marlboro, en vez de sacar el teléfono, si la aparición hubiera tenido lugar cinco años atrás?

Siendo pragmático, decido que mejor tener la fotografía de medio fantasma que no tener la de ninguno. Mi dedo índice cae sobre la pantalla y el altavoz del teléfono emite un debilísimo sonido de clic. Luego, pese a tener batería de sobras, se apaga. No sé si inmediatamente antes, no sé si inmediatamente después de que el fantasma desaparezca. Porque el fantasma ha desaparecido.

Intento no sobredimensionar lo que acaba de ocurrir, y ocuparme en aquello de lo que debo ocuparme: reanimar mi teléfono. No tengo que ir muy lejos para mi empresa: el cargador del dispositivo cuelga de uno de los enchufes de la estancia. Del otro, pende el cable de una sandwichera. Conecto el teléfono, pero éste sigue sin responder. Aprieto de forma sostenida todas sus teclas, pero sigue sin responder. En parte porque es tarde, en parte porque ya estoy en la cocina, opto por meter el smartphone en un recipiente de plástico y cubrirlo con arroz blanco. Sé que el remedio sirve sólo para aquellos aparatos dañados por culpa del agua, pero ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Tener un teléfono que no funciona tiznado de almidón? No suena tan terrible. No tanto como para no intentarlo.

Cuando me dispongo a dejar la cocina, cuando me dispongo a volver a la cama, el teléfono se ilumina de pronto, emitiendo el sonido prefigurado para la recepción de nuevos mensajes. Lo hace una segunda vez, conmigo ya de vuelta a una posición que me permita gestionar cualquier eventualidad relativa a la piscina de arroz. El teléfono vibra y suena una tercera, una cuarta, una quinta vez. Atuso el arroz de su superficie con delicadeza, para no rallar la pantalla. Alguien me está escribiendo desde un número desconocido.

Entrecierro los ojos para leer.

Te escribe Armando.
Ricardo no está en Murcia.

Ricardo ha vuelto a Madrid.
Ten cuidado dónde te metes, si te metes.
Es mejor tener un arma y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla.

4

Fue mi habitación durante veintitrés años y entrar en ella es como abrir un pecho para cambiar las pilas al marcapasos. Mi madre y su novio están preparando una cena a la que no voy a quedarme, en una cocina sin fantasmas y con vitrocerámica. Mi padre no está, pero sí sus viejos discos: los busco y los encuentro en el que antes era mi armario, arriba del todo. Necesito uno muy concreto que no es éste, ni éste, ni éste otro, ni tampoco éste. Aquí está, *Joaquín Sabina y Viceversa*. No hay ternura en el hallazgo: extraigo el LP del montón con la suficiencia de quien tensa un arco. El blanco está dentro: el disco contiene el primer vestigio documentado de Ricardo Solfa, la canción «Hay mujeres».

Hay mujeres que arrastran maletas cargadas de lluvia.

Hay mujeres que nunca reciben postales de amor.

Hay mujeres que sueñan con trenes llenos de soldados.

Hay mujeres que dicen que sí cuando dicen que no.

No hay ternura en el hallazgo. Tomo el insert del disco y repaso los créditos de la canción. «Música: Maestro Armando Llamado.» Aquí estás, Armando. Armando Bronca. Armando Follón. Armando Llamado. «Te escribe Armando.» Aquí estás.

—Armando Llamado es el compositor de las canciones de Ricardo Solfa —explicó Sisa en la televisión autonómica catalana—. Es un señor que vive

aislado en un pueblecito de Segovia.

Cojo *Joaquín Sabina y Viceversa* y abandono mi antigua habitación. Antes de abandonar también mi antigua casa, paso por el estudio en el que dormía mi padre, solo, por elección propia, años antes de divorciarse de mi madre. Saco una maleta de debajo del escritorio y la abro utilizando mis pulgares oponibles. Dentro hay una pistola de aire comprimido. Mi tío se la pidió una vez a mi padre, para disparar a las palomas que se le cagaban en el terrado. No tuvo ocasión, pero mejor tener un arma, y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla.

Me guardo la pistola en la parte de atrás de los jeans. Doy dos besos a mi madre. Salgo.

5

España tiene rincones preciosos, pero ninguno está en las autopistas que la cruzan. Atravesar la península en el asiento que da a la ventanilla es una putada, un horror. Gracias a Dios me ha tocado pasillo: estoy a la altura de Zaragoza, en un autocar con destino Madrid, porque Ricardo ya no está en Murcia. Armando, quizás desde Segovia, quizás desde mi cocina, quizás desde el cielo cristiano, ni contesta a mis mensajes, ni responde a mis llamadas. Le grabo un audio:

—Armando. Te llamas Armando, ¿no? Verás: voy camino de Madrid. Me siento un poco estúpido ahora que lo he dicho en voz alta. Es como si estuviera afeitándome antes de una cita para la que todavía no he pedido salir a nadie y además acabara de cortarme. Bueno, en fin: cuenta tres horas y estoy en Madrid. Me encantaría verme con Ricardo. Quiero decir, que estoy yendo a Madrid *expresamente* para encontrarme con Ricardo. Me siento un poco

estúpido, ya te digo. Me siento un poco estúpido porque no sé exactamente dónde ir, ni si tú podrías ayudarme, ni si tú querrías ayudarme. Sólo sé que necesito hablar con él. Necesito saber cómo es estar en el ojo del huracán para luego esfumarse sin dejar rastro. La lógica de despreciar el derecho a réplica, de despreciar la defensa de su figura, de su propia existencia por encima de la de Jaume Sisa. Necesito saber cómo es desaparecer sabiendo que no te sucederán ni las antologías, ni los homenajes, ni las necrológicas, más que como pie de página de otra persona. *Necesito saber cómo un hombre puede estar veinte años sin emitir opinión alguna.* Sin tener la última palabra. Sin tomar posición. Sin ocupar espacio —pasamos un bache—. Es para un libro que estoy escribiendo.

Borro el audio antes de enviarlo y vuelvo a empezar. El autocar se detiene en el área de servicio de Alfajarín.

6

Madrid ya no es la ciudad acogedora que yo conocí. Madrid ahora es un infierno. La estación de Avenida de América es un purgatorio de escaleras mecánicas que te regurgitan a una urbe con olor a tiza de billar. Podría haber postergado hacer pie en ella con un transbordo, pero odio hacer transbordo, así que camino; hasta el metro de Diego de León son sólo diez minutos. Paso por delante del Burger King en el que me dio un infarto el día que conocí a Irene. Infartar en Madrid es un clásico: en noviembre de 1993, Ricardo Solfa tuvo una crisis cardiaca sobre un escenario de la capital. Estaba cantando «Corazón loco» y todo se desmoronó. Solfa acabó en la unidad de cuidados intensivos.

—Todo esto ha sido un montaje diseñado escrupulosamente por una

multinacional discográfica para dar un impulso definitivo a mi carrera — declaró desde el Hospital La Paz.

Monto la línea 5 del metro y Armando —o quienquiera que gestione su número de teléfono— sigue sin responder. Irene sí me ha escrito. Irene la del Burger King. Irene la del infarto. Irene, Madrid, el Infierno. Irene, mi ex. En Alfajarín le mandé un mensaje contándole que iba a la ciudad, contándole lo de la entrevista a Solfa y contándole que sería increíble poder entrevistarla a ella también. «Es para un libro que estoy escribiendo.» Pensé que sería divertido preguntarle a una relación de cinco años por mis fallos, mis residuos, mis recoletos machistas. En cuanto aceptó, hace unos minutos, perdí por completo el interés en esa entrevista. Fue automático. Me descubrí autoindulgente, narcisista, prevaricador. Una estafa, ¡como el punk!

Todo lo malo que Irene pudiera contar de mí sería insuficiente: su testimonio seguiría la línea editorial de la diplomacia que nos dispensamos desde nuestra ruptura. Estaba intentando utilizar a mi ex como si fuera una chaqueta con tachuelas, una muñequera de pinchos, una dilatación de oreja: quería disfrazarme de malo como ya sólo se disfraza a los malos en las cortinillas infantiles. Pretendía facturar como crítica feroz lo que no sería otra cosa que un contenido promocionado. El producto, yo, el perfecto exnovio.

—Déjame cerrar lo de Solfa antes y te digo cuándo podría tener un hueco, ¿vale? —engaño a Irene, sintiéndome como un ficus de plástico en un despacho de recursos humanos.

De Núñez Balboa a Chueca, me pregunto por qué se empeña mi generación en mantener el contacto con noviazgos ya difuntos. ¿Es para sentir que el tiempo tirado a la basura junto al otro no ha sido completamente en balde? ¿Para demostrar que nos equivocamos, sí, pero que no nos equivocamos del todo? ¿Lo hacemos para poner de manifiesto que el rencor no figura en nuestra terminología? Del tiempo que destinamos a la gestión de relaciones

interpersonales, ¿por qué dedicamos una pequeña fracción al vástago de mil mierdas que nos dejó sin sueño y sin hambre? ¿Por qué esa demostración de flexibilidad patrocinada por Moleskine? ¿Hay una relación más neoliberal, que quedar con un ex? ¿Alguna vez has quedado con un ex sin consumir algo en el proceso? ¿Alguna vez has quedado con un ex para pasear, para rezar, para derrocar un gobierno en funciones?

Ahora que no podemos pagar un deportivo a letras, lo demostramos dejándonos ver por ahí con amantes que ya no lo son: la clase media aspiracional no se rinde. Nuestros padres tuvieron affaires en hoteles y nosotros invitamos a cafés a gente con la que ya no follamos. Luego, como hacen todos los pobres con ínfulas, nos peleamos por pagar. Todo sea por cuidar nuestras no-relaciones, esas excentricidades burguesas a las que no renunciaremos ni estando pluriempleados en dos metalúrgicas distintas.

Quedar con un ex es nihilista, y lo es en su versión más light. Es una despedida de soltero en la que nadie del grupo se casa, porque nadie del grupo es capaz de asumir compromisos a largo plazo. Dime: ¿por qué seguimos dedicando tantas tardes a ponernos al día? ¿Por qué quieres que sigamos siendo amigos? ¿No prefieres que nos convirtamos en toallitas húmedas con olor a limón? Antes que quedar como amigos, ¿no sería mejor quedar como obscenidades estáticas en la puerta de un urinario público? Lo escribimos una vez en la fachada de tu antiguo colegio:

*Son pinturas rupestres
los búfalos de las cavernas
y los penes de los baños.*

De Chueca a Gran Vía, me pregunto: si tanto cariño y respeto nos guardamos, ¿no tendría más sentido desaparecer?

Me bajo en Gran Vía. Hago check-in en el Hostal Cantábrico.

7

Mi maleta está llena de fichas de dominó. No hay nada más: sólo fichas de dominó. La tengo abierta de par en par sobre la cama del hostel y su interior parece un test de Rorschach. ¿Tú que ves? Yo no veo ni mi ropa, ni mi cargador, ni mi grabadora. Estoy en Madrid con tan sólo unas fichas de dominó y una pistola de aire comprimido. La pistola sigue ahí, en mi rabadilla, desde que salí de casa de mi madre. La libreta, la ropa, la grabadora, ya no. En la Estación Central han abierto el portaequipajes del autocar para la gente que hacía parada en Zaragoza; ha debido de ser ahí donde alguien aprovechó para convertir mi maleta en un happening situacionista. Mi valija ahora es la de un desnortado, y la idea de no tener muda para mañana me aterra mucho más que la aparición de ningún ectoplasma taciturno.

Escarbo entre las fichas, con la esperanza de encontrar alguno de mis enseres. Me doy cuenta de que todas las piezas son dobles: dobles seis, dobles cincos y sigue contando. Clavado como un hacha entre un doble tres y un doble uno, veo asomar mi cepillo de dientes. No hay ternura en el hallazgo: lo saco y, por suerte, todavía tiene capuchón. Todavía puede usarse. En el lavabo del baño hay un tubo dentífrico empezado, cortesía del servicio de habitaciones: olvidaron tirarlo cuando limpiaron la estancia tras la marcha del último cliente. Aplico flúor ajeno sobre cepillo propio y me lo llevo a la boca.

Los espejos de los hoteles, como los de los ascensores, siempre te descubren lo que eres. ¿Qué soy yo? Parezco el piloto de un programa que nunca se llegará a emitir. ¿Se puede saber qué narices estoy haciendo? ¿Alguien puede explicarme qué demonios hago en Madrid? ¿Y si Solfa no da

señales de vida? ¿Y si no las da porque ha finado? Quizás el periodismo cultural del siglo XX tuvo un ataque de sinceridad. ¿Y si es cierto que Ricardo Solfa nunca existió, más que como contrapartida melódica de Jaume Sisa?

Escupo y me enjuago la boca.

Vale, calma, frota: que Solfa exista o no es tan grave y tan leve como que exista o no Dios. Estar en Madrid es tan grave y tan leve como estar en el Muro de las Lamentaciones. Mi satisfacción dependerá, por entero, de mi fe. ¿Ves eso? Es la última pregunta que me hago. Las falacias fundacionales no se revisan. Superman nunca detuvo una batalla para meterse los calzones por dentro. Camino a Petrogrado, Lenin no pensaba ni en zaristas, ni en gulags, ni en Stalin. Grissom, White y Chaffee no se santiguaron antes de subir al Apolo 1.

Escupo y me enjuago la boca.

Salgo del baño y, sin pijama con el que cambiarme, me tiro en la cama. Aunque la culata de la pistola me molesta, me duermo.

8

El triquitraque de mi teléfono me despierta a las seis de la mañana. Me acaba de escribir Armando Llamado.

He arreglado un encuentro mañana al mediodía en Café del Foro.

NdA → Café del Foro es el local de variedades donde le dio el infarto a Solfa.

Sólo te pido un favor a cambio: trae contigo un bote de Codeisan.

NdA → Al maridaje explosivo de Codeisan con Sprite o 7UP se le llama lean.

Nunca celebro algo que todavía está por publicar, así que continúo con la producción. Busco Café del Foro en la aplicación de mapas y hago una captura de pantalla con la ruta. Busco el prospecto del Codeisan sin saber que estoy buscando un prospecto. Jarabe para la tos, me dice Google. Fosfato de codeína, me dice Google.

Las autoridades sanitarias advierten: además de paliar la carraspera, el fosfato de codeína se usa también como droga recreativa. Yo mismo he tomado codeína sin tener tos. La primera ocasión fue en Aluche, a media hora en metro de este hostel, en casa de Rebeca. Rebeca tenía ojos de rana, sonrisa espacial y un sofá cama para mí cuando Irene ya no, pero Madrid aún sí. Rebeca tenía también un gato, tres tatuajes y cinco temporadas en DVD de *Star Trek: La nueva generación*. Cuando venía a verla, prácticamente no salíamos de su cuarto: era el único sitio de la casa en el que se podía fumar y el único sitio de la casa en el que había tocadiscos. Escuchar «The Eton Rifles» por primera vez allí, con un pedo de codeína, no habría sido más épico ni con dragones encapotando el cielo.

La segunda ingesta inexcusable de codeína fue en casa de mis padres, durante la última escapada de fin de semana que hicieron juntos. Jess y yo volvíamos de fiesta en ferrocarril cuando conocimos a un tipo magnético y elocuente. Los tres subimos a mi casa, con vistas al embrutecedor mañaneo. El bueno por conocer, ya desde el sofá de casa de mis padres, nos confesó ser policía autonómico. Nos enseñó la placa que lo acreditaba como mosso d'esquadra. Nos contó que era gay. Nos contó que en el cuerpo no sabían de su orientación sexual. Nos contó que mejor así. Se quedó a dormir, como Jess. Cuando me desperté se habían ido los dos. El baño de mi madre olía a diarrea.

Seis y seis de la mañana. Doble seis. Me desvisto, me ducho con agua fría, me vuelvo a poner la misma ropa. Recojo mis cosas, el móvil, el cepillo, la pistola. Recojo las de los demás, el tubo dentífrico, el/los dominó/s. Ni quiero

cargar con una maleta semivacía, ni los bolsillos de mi chubasquero son tantos: decido sacrificar las fichas. Las espolvoreo por las baldosas de gres que soportan la habitación, dejándolas a merced de la voluntad que hoy profese el servicio de habitaciones. Villano dadaísta, malo de cortinilla infantil: dejo el sitio hecho un cuadro, pero hecho un cuadro op-art.

Antes de salir, ya con la mano en el pomo de la puerta, me detengo un segundo. Bajo los párpados y a la altura del betún veo un doble cero. Me agacho, lo agarro y lo meto en mi chubasquero; será mi souvenir de todo este sinsentido. Un souvenir es la materialización de la nostalgia antes de que ésta aflore, y la nostalgia es un arma. Mejor tener un arma, y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla.

Hago check-out del Hostal Cantábrico.

9

El cañón de mi pistola sabe a menta y eucalipto. He aplicado un poco de pasta de dientes en la punta por dos razones: (1) no quería meterme sin más en la boca algo que lleva días en mi trasero, mucho menos antes de una entrevista, y (2) he creído que hacerlo, y hacerlo delante del farmacéutico, me daría el suficiente aire de desequilibrio como para demostrar que voy en serio. De que, si no se siguen de forma precisa mis instrucciones, soy capaz de desparramar mi neocórtex por la farmacia.

El problema es: la codeína necesita receta. El problema es: no tengo receta. El problema es: tengo una pistola. El problema es: no me atrevo a apuntar con ella a nadie que no sea yo mismo. En este preciso momento, estoy intentando matar cuatro pájaros de un solo tiro que, por mi propia integridad, espero no tener que descerrajar. Antes, lo intenté todo.

—Es para un libro que estoy escribiendo.

A partir de esta frase, la quinta en el intercambio con el profesional tras el mostrador, todo fue de mal en peor. Ahora, noto la mirilla protuberante del arma en mi paladar y el sudor de mis manos en la culata de goma. Hacía más de tres lustros que no sostenía durante tanto rato esta pistola. La última vez fue en el patio trasero de una casa que tenían alquilada mis abuelos [andaluces] en la Cataluña [profunda]. Era una antigua colonia textil en la que quedaban sólo cien habitantes. Mi padre y yo, sin camiseta, hacíamos puntería contra las patatas del huerto de mi abuelo que habían salido pochadas. Fue durante el Mundial de 2002. Cuando la selección española pasó a cuartos de final después de ganar a Irlanda, mi abuelo salió a la ventana a gritar tres veces lo que ponía en su DNI. Fue el único en toda la colonia.

Torsos desnudos, tubérculos acribillados, gritos de España: éstos eran nuestros cofres de oro, de incienso, de mirra para los vecinos de Viladomiu [Vell].

La pistola fue y es negra, marca Gamo, tiene seis balines en el tambor. Sigo con ella en la boca. El farmacéutico me mira con la desidia que se mira el pizarrín de una clase de reeducación vial para conductores negligentes. Suspira por la nariz, que es como se suspira cuando ya no se tiene ganas ni de tomar aire. Se gira y encamina a la trastienda del establecimiento. Puede que vaya a por el Codeisan. Puede que vaya a llamar a la policía. Puede que ahora entre el estribillo:

*Odio en las calles, desesperación,
niños pequeños robando en las farmacias,
buscando dinero, buscando diversión.*

El problema es: son las ocho de la mañana y la farmacia está vacía. Una

amenaza de suicidio sin público no es una amenaza. Bajo el arma.

El establecimiento, como casi todas las farmacias que he pisado, tiene esa luz abundante y plana de telecomedia recalcitrante. Está llena de biberones, chupetes y otros útiles para bebés, patologizando la crianza en sus primeros estadios. El mismo sitio que te vende preservativos te vende también test de embarazo y puré de frutas, como si los tres productos fuesen tratamientos más o menos agresivos para una misma dolencia. No hay nada más efectivo para frenar el instinto reproductor que adentrarse en una farmacia: cuando ves los escasos metros que separan los mordedores de las piernas ortopédicas, el hábito y la tonsura parecen las únicas opciones estéticas realmente sensatas.

El farmacéutico sigue en la trastienda. Aprovecho la soledad para pesarme: zapatos y pistola incluidas, la báscula sentencia setenta y siete kilos. Me cercioro de que el farmacéutico sigue en la trastienda, me descalzo, me desarmo y me vuelvo a pesar. La báscula sentencia setenta y siete kilos. Odio en las calles, desesperación. Me calzo, me armo, me vuelvo al mostrador. Oigo al farmacéutico venir y, por última vez, me llevo el arma a la boca. El sabor a dentífrico es ya muy tenue, prácticamente imperceptible.

El dependiente emerge de la trastienda con un pequeño frasco que los leds de la caja registradora identifican como bip-bip «Codeisan 1,26 ml Jarabe». Capitalismo salvaje es tener a un cliente con una pistola en la boca y enunciar:

—Cuatro con noventa y cinco.

Capitalismo salvaje soy yo guardando el arma. Capitalismo salvaje soy yo lanzando un billete de diez sobre el mostrador. El farmacéutico le asesta un manotazo y me entrega el Codeisan, con tan sólo cinco céntimos de cambio. A continuación saca de la caja el billete de cinco escamoteado. Se lo lleva a la boca. Empieza a masticarlo, lo hace durante un buen rato. Luego me lo escupe a la cara. La bola de papel deja un manchurrón en mis gafas.

—Largo —vuelve a escupirme—, fuera de aquí.

Lo miro con la desidia que se mira el pizarrín de una clase de reeducación vial, mientras camino de espaldas y cruzo la puerta de la farmacia.

Ya en la calle, empieza a angustiarme la posibilidad de que el farmacéutico haya llamado a la policía. La posibilidad de que haya dado mi descripción, de que me estén buscando, de que me encuentren. De llevar un arma encima cuando lo hagan. Para curarme en salud, tiro la pistola en el primer contenedor que encuentro. Para curarme en salud, tiro cepillo y tubo dentífrico en un contenedor diferente, ya en la siguiente manzana. Aunque a estas alturas mis posesiones son anecdóticas, la angustia persiste: ahora temo que la policía pueda reconocerme por mi aliento. Que me delaten la menta, el eucalipto. Necesito saber cómo un hombre puede estar veinte años sin emitir opinión alguna y necesito chicles sabor fresa.

Holgado de tiempo y profundamente nervioso, decido que lo mejor es abandonar el distrito centro unas horas. Desaparecer. Comprar chicles de fresa, pero comprarlos en Móstoles.

10

Café del Foro no existe. Aunque su presencia sigue cartografiada en Internet, bajo la dirección y el teléfono del local aparece un aviso de «Cerrado permanentemente» que ayer noche obvié. Hoy ya no puedo hacerlo: he seguido paso a paso la ruta indicada y estoy delante de un bufet libre en estado de abandono. Café del Foro es ahora un bufet libre abandonado. Los precios populares vinilados en sus cristales conviven con grafitis y pedradas. Sus pegatinas con forma de hombre-anuncio lucen bigotes de rotulador permanente. En los marcos de las ventanas, las rúbricas de los *taggers* forman cenefas de arte urbano. Han intentado forzar la puerta, y lo han conseguido: la

puerta está entreabierta. Antes de utilizar la poca osadía que me queda para abrirla del todo, busco en mis llamadas recientes y pulso en «Armando Llamado».

—El número al que llama no existe —me dice una voz que he oído mil veces, pero que nunca me había irritado tanto.

Separo el teléfono de mi oreja para echar un vistazo a la pantalla y asegurarme de estar llamando al número correcto. La pantalla funde a negro. El móvil está sin batería. Mi cargador puede que en Zaragoza, en Alfajarín, en la puta Segovia. Sin móvil y sin grabadora, pase lo que pase a continuación, *pasará de memoria*.

Café del Foro es ahora un bufet libre abandonado con olor a paja de mochilero sueco. Dentro no queda ningún vestigio de los negocios que ocuparon esta superficie, sino tan sólo un espacio diáfano lleno de cascotes y polvo ingrávido. Lo recorro con la falsa seguridad que mostraría pateando una tienda de numismática. El zumbido de un motor encarrila por fin mis pasos, llevándome escaleras abajo, hasta un subterráneo igual de diáfano y polvoriento. Conectada a una toma de corriente, una nevera blanca domina la estancia. De su puerta pende un post-it azul con «lean» anotado en tinta púrpura. Aplasto mi chicle de fresa contra la nota, convirtiéndola en un adhesivo de doble capa. Abro la nevera: dentro hay unas siete decenas de latas de Sprite, copándola estilo horror vacui. No hay nada más: sólo latas de Sprite. Hago hueco sacando una y, en el lugar que ahora queda libre, coloco el botecito de Codeisan. Considero el trueque lo suficientemente justo como para cerrar la nevera satisfecho. Como si el ruido amortiguado de la goma que cubre la puerta del frigo hubiera dado pie a ello, alguien me cubre la cabeza con una bolsa de plástico.

Me ahogo, pero sólo durante los segundos que tardan en maniatarme. Tardan poco, porque son dos contra uno. La lata de Sprite rueda por el suelo,

convertida en un aspersor de azúcar y agua con gas. La presión sobre la bolsa cede, aunque ésta permanecerá fijada a mi cabeza. No quieren matarme, pero tampoco quieren que vea. Nada me hace pensar que ambas decisiones no puedan revisarse en un futuro cercano. Me gritan en alemán y en inglés. Sólo entiendo la parte en inglés. Me preguntan que dónde está Ricardo. Les digo que no lo sé. Me preguntan que dónde está Ricardo. Que no lo sé, les repito. Me pegan una patada en el estómago para estimular mi memoria. Me desmayo y me despierto de una bofetada. En todo momento se dirigen a mí con algo que podría traducirse como «puta». O nos dices dónde está Ricardo o te matamos, «puta». O nos dices dónde está nuestro dinero o te matamos, «puta». Así un buen rato, hasta la siguiente patada. Pese a lo exótico de la situación, y como siempre ocurre cuando comparto tiempo de ocio con más de un hombre a la vez, el tedio empieza a clarear pasado el primer cuarto de hora.

Como mi vida ya no depende de la atención que yo le dedique, me concentro en mi soga. Pongo toda mi atención en la bolsa que me cubre. Es de plástico verde y sin logos perceptibles, al menos desde su interior. Parece la bolsa que te darían en un ultramarinos de barrio, antes que en una gran superficie o en un negocio replicado en cadena. Las buenas noticias: mis captores apuestan por el comercio de proximidad. Las malas: si me matan y trascienden fotos del crimen, no llevaré encima ningún trademark al que granjear mala fama. Si muero, para lo bueno, para lo malo, tendré una muerte de marca blanca. Si muero, tan pronto como los forenses revisen mis bolsillos, la única iconografía reconocible del asesinato será un doble cero. El dominó ocupará el lugar que antes ocuparon las campañas de rol y los videojuegos de disparos. En las residencias, con mi pulso detenido para siempre, se impondrán los dados de veinte caras y las cartas con dibujos de basiliscos.

Los putófobos anglogermanos me cogen en volandas y veintidós pasos después estoy metido en el maletero de un coche. Tanto esmero delictivo y

tanta afrenta glamurosa contra lo penal hablan por sí solos: la vehemencia de mis captores es únicamente el síntoma de su desesperación, fraguada durante un tiempo que se intuye demasiado largo. Yo empecé a buscar a Ricardo Solfa hace tan sólo unas semanas; ellos dos podrían llevar años tras él. Si me dijese que hoy he recibido patadas en Madrid cuyos impulsos se tomaron hace una década en Murcia, no destinaría recursos a rebatirte.

El coche arranca. Pasamos un bache. Conducimos durante horas y horas y horas.

Prometí no hacer nuevas preguntas, confiar tan sólo en los clásicos, así que dime: cuando un hombre desaparece, ¿adónde va? No cuando se convierte en el paquete involuntario de un secuestro: cuando desaparece. Cuando decide que pasar a la posteridad es una forma de violencia. Cuando se conforma con ser el ídolo de tan sólo tres personas. Bienvenido a la era de la posposteridad: sólo tres personas se acuerdan de ti y además quieren matarse entre ellas. Un hombre no podía dejar espacio sino para que otros hombres levantasen un ring de wrestling sobre el recién expropiado vacío. Yo sólo doy gracias por haber besado la lona, ganándome un sitio en el maletero. Atravesar la península en un asiento con vistas sería una putada, un horror.

Skit / No quiero hablar de mi vida II

«Te imitas la mar de bien.»

Hable con él

Isaac pasaba todos los recreos en la misma esquina, porque todos los recreos los pasaba castigado. Isaac iba a mi curso, pero no a mi clase. Isaac era gay y charnego. Isaac caía mal a todos sus compañeros. Isaac se enfrentaba a todos los profesores. «Isaac, Isaac», le decían, alargando las vocales. Isaac era expulsado de clase. Isaac gritaba por los pasillos. Isaac sostenía el cigarro con los dedos corazón y pulgar. Isaac y yo hablábamos de Pedro Almodóvar en una esquina, la misma cada recreo. Isaac, pupitres por el suelo, *Hable con ella*. Isaac posando desnudo en una foto que me envió Sergio por MSN. Isaac posando desnudo en una foto que nunca le envió, a Sergio, por MSN. Isaac en *El Diario de Patricia* sin Patricia, es decir: en *El Diario*. Isaac diciendo que *ya no es un gremlin*. Isaac diciendo que *ya no es un chungo*. Isaac diciendo que *ya no busca líos*. Los líos saliendo de caza: Isaac está en todos los programas de zapping. Isaac repitiendo, en bucle, que ni es un gremlin, ni un chungo, ni quería lío alguno. Isaac se ve a sí mismo en Antena 3 y cambia de canal. Isaac se ve a sí mismo en La Sexta y apaga la tele. Isaac enciende el ordenador y está en YouTube. Antena 3, La Sexta y YouTube, descubre Isaac, son como el patio: una mierda. Isaac y la homofobia sofisticada: «No nos reímos de Isaac: nos reímos con Isaac». Cómo nos reímos, con Isaac. Isaac es la monda. Isaac es una atracción victoriana. Isaac es la respuesta a la pregunta: ¿puede monetizarse, el bullying? Sí se puede. Isaac haciendo de extra en *Los hombres de Paco*. Isaac respondiendo a sus haters desde el canal de un miembro de Los Happiness. Los Happiness, los de «Amo a Laura». Isaac

despidiéndose de sus trolls en un vídeo con 7.000 visitas y «Rolling in the Deep» de fondo. «Rolling in the Deep», la de Adele. Isaac y el largo adiós: tras su despedida, Isaac colgará tres vídeos más. Uno es una toma falsa. Otro una entrevista larga. En el último, Isaac canta a capella en un rellano con eco y paredes llorando gotelé. En la sección de comentarios, Isaac lee: «Engendro». En la sección de comentarios, Isaac lee: «Jodido mandril». En la sección de comentarios, Isaac lee: «Bola de grasa». Cada insulto huele a tiza blanca. Cada insulto huele goma de borrar. Cada insulto apesta, como apesta una clase cuando suben del patio los niños que juegan al básquet. Isaac y yo no jugábamos, al básquet. Sólo hablábamos de Pedro Almodóvar, en una esquina. La misma, cada recreo.

Dadle una oportunidad a los escraches feministas

Tengo once años, estoy en la cocina de casa de mis padres, y por la tele hay un edificio muy grande que echa humo. No, espera, acaba de estrellarse otro avión: hay dos, por la tele hay *dos edificios muy grandes* que echan humo. Todavía no lo sé, pero: se llaman Torres Gemelas; las diseñó el arquitecto Minoru Yamasaki; las derribó el líder yihadista Osama Bin Laden; las víctimas mortales del atentado ascendieron a 2.292. Son datos que, repito, todavía no sé; yo sólo tengo once años, estoy en la cocina de casa de mis padres, y por la tele hay dos edificios muy grandes que echan humo.

Tengo once años, todavía queda uno para que empiece a masturbarme, y estoy viendo a gente saltar por las ventanas de un rascacielos. El compositor Karlheinz Stockhausen definirá ese atentado como la mayor obra de arte de todos los tiempos, y lo hará de forma tan prematura, el 16 de septiembre de 2001, que la audacia de su reflexión quedará desactivada por su falta de respeto al luto internacional.

—Esa gente —dirá Stockhausen de los terroristas suicidas— ensayó durante años, con tesón y fanatismo, para un solo concierto; luego, murieron. Se concentraron en una única actuación y con ella se llevaron por delante a miles de personas. En un momento. Yo soy incapaz de realizar algo así. Comparado con eso, los compositores somos poco menos que nada.

Estoy en la cocina de casa de mis padres, mi gato está bebiendo de su comedero, y seguramente mis parpadeos estén sincronizados con los de Stockhausen. Si el pianista pudo localizar gran arte en un atentado, y un

atentado es, en suma, una forma de protesta violenta, ¿podríamos considerar las formas de protesta pacíficas como obras de arte menores? Dime tú. Yo sólo tengo once años y estoy viendo la tele: ¿podríamos?

Si Stockhausen hubiera dejado cicatrizar las heridas el tiempo suficiente, en lugar de sazonarlas apenas una semana después de la tragedia, ¿se habría tenido en consideración su análisis? ¿Podría haberse ampliado y extrapolado a otras acciones de protesta, bien pacíficas, bien violentas, para juzgarlas no por su impacto social, sino por su valía artística?

Si el 11-S ocupa la pole position, ¿qué hay por debajo, en la escala Stockhausen?

Ahora mismo no se me ocurre nada: sólo tengo once años, mi disco favorito es *Room Service* de Roxette, y América está siendo atacada. Década y media más tarde, el humorista español Jorge Cremades, al ser preguntado por sus líneas rojas, asegurará que «nunca haría un chiste de las Torres Gemelas». También, que había borrado un vídeo del que prefiere no desvelar el contenido. Tal y como revelaron los medios más tarde, esa pieza, titulada «Cómo llevarse una chica a la cama», presentaba a Cremades aplicando cloroformo a una desconocida para arrastrarla, acto seguido, portal adentro.

—Cuando lo borras, ¿sabes qué pasa? No pasa nada —dijo el humorista sobre la autocensura recién aplicada—. Al mundo le da igual que lo hayas borrado. A nadie le importa que tú lo borres.

No habría pasado un año de esas declaraciones cuando, coincidiendo con la parada en Barcelona de su espectáculo teatral, Jorge Cremades y su público serían víctimas de un escrache feminista.

Pero todavía queda mucho para que eso suceda: yo sólo tengo once años, la luz entra por el lavadero, y hay gente en la tele debatiéndose entre el fuego y el vacío. Los escraches feministas nos colocan en una posición parecida: denunciarlos te arroja a una pira machista; defenderlos, incurrir en una afrenta

contra la libertad de expresión. Mi yo de once años habría avalado esas vías como las dos únicas posibles: o te quemas, o saltas. Mi yo actual, en cambio, repasa las fotos del escrache a Jorge Cremades. Clava los ojos en la gran pancarta que portaban las activistas. «¿Le reirás las gracias?», escrito en tinta negra. «Rechacemos el humor machista», escrito en tinta roja. Sus máscaras blancas, sus antifaces; la unidad con la que entrelazan sus brazos.

—¡Contra el patriarcado —grita una manifestante—, acción directa!

—¡La violación —corean otras— no es diversión!

En una escala Stockhausen, esta protesta quizás no pase a la historia como «la mayor obra de arte de todos los tiempos». ¿El atenuante? *Te odio, pero como amigo*, el espectáculo de Cremades, tampoco tiene visos de terminar en los anales de la dramaturgia moderna. Si el *live* pudo celebrarse pese al escrache, porque el *live*, en este caso, se celebró pese al escrache, ¿qué nos empuja a defender la libertad de expresión de unos por encima de la de otras? ¿Por qué unos vídeos, ejecutados con rapidez y torpeza, nos merecen más protección que la pancarta tricolor que los cuestiona? De las dos propuestas, ¿a cuál se le destinó más reflexión, recursos y tiempo de producción? De las dos, ¿cuál fue borrada y excusada? ¿Es más rentable promover la cultura de la violación que discutirla?

Y lo que es más importante, ¿soy yo, o una de las dos Torres se está viniendo abajo?

Vale, sí: tengo once años, pósters de *Los Simpson* decorando mi habitación, y una de las dos Torres acaba de venirse abajo. ¿Terminaré algún día banalizando todo este horror, toda esta ceniza, todos estos gritos? ¿Los utilizaré con ligereza en analogías panfletarias? ¿Y si lo estoy haciendo ahora mismo? ¿Y si, además de hacerlo, estoy siendo condescendiente? ¿«[...] tampoco tiene visos de terminar en los anales de la dramaturgia moderna [...]»? Pero ¿quién coño me he creído? ¿Con qué derecho puedo levantar la

frente al tratar el trabajo de alguien con quien, simplemente, no comparto líneas rojas? ¿Son mejores mis límites que los suyos? ¿No mereceré yo también un escrache? Joder: ¿eso que acaba de caer es la segunda Torre?

La única diferencia entre un escrache y un piquete informativo es que, el primero, no necesita la convocatoria de una huelga para florecer. La utilidad, en ambos casos, es la misma: prologar la realidad; contextualizarla; arrojar visión externa sobre un microcosmos. Los tememos, porque tememos lo que los demás piensan de nosotros. Los tememos como el emperador teme a quien señale su desnudez. Nadie quiere una segunda lectura de sí mismo. Nadie quiere que sus acólitos, ni tan sólo uno, ni uno solo de ellos, deje de serlo por culpa de una pancarta de mierda. Y sí: eso que acaba de caer es la segunda Torre.

Pero todavía no lo sé. Sólo tengo once años.

Skit / Traduït del català

«Yo no estoy criando una criatura para mí,
sino que la estoy criando para el futuro de todas
nosotras, para el mundo, para que no ganen
los fachas, que son los que se están reproduciendo
a marchas forzadas.»

Game Boy Color

Ferran Palau / El Petit de Cal Eril

Sala Apolo, Barcelona

22 de marzo del año 201

Ficha: Sold out y la [1] del Apolo a reventar.

Momento: Por razones obvias, «Serà un abisme».

Ferran Palau pide silencio. ¿El problema? La Sala Apolo está llena hasta los topes y el murmullo de la gente al fondo, cuerpos presentes de un evento en el que no están interesados más que para atestiguar su presencia en el mismo, ha emborronado sus primeras canciones. La presentación en Barcelona de *Blanc*, el último LP de Palau, era el sitio en el que había que estar hoy. Eso se traduce en codazos para hacerse un hueco en la barra, en pegatinas de cerveza deshojándose del vidrio a causa de la humedad, en exnovias y exnovios buscando la disposición idónea con la que evitarse. En la medida que el molesto run-run del fondo lo permite, el pop metafísico de *Blanc* lo envuelve todo. Ferran Palau desgaja su nuevo cancionero como quien libera una bolsa de canicas agujereando la base con un tijeretazo y desatando un bello caos a ras de suelo. Cuando llega el momento de «Serà un abisme», el single principal del álbum, Daria me acaricia la espalda. La canción es nuestra favorita del disco, por lo que computo la fricción como un gesto afectuoso.

—No me encuentro bien —me saca de mi error Daria—, ¿te importa si nos vamos?

Ni los focos color lila que desperdigan sus haces por toda la sala pueden maquillarlo: el blanco de Daria es más nuclear que de costumbre. Nos colocamos en una conga de dos, yo a la cabeza, y nos abrimos paso a través del tumulto indie. Según llegamos a la altura de la mesa de merchandising, Daria tiene que hacer un alto en el camino y sentarse. Mientras, la banda de Ferran Palau interpreta «Res», una canción que podría servir tanto para officiar ritos paganos en el Montseny, como para replicarse en forma de remix trap. Ofrezco mis manos a Daria, para que las use de asidero con que levantarse. Tira de ellas y, cuando la segunda banda hace suyo el escenario, nosotros ya estamos en Nou de la Rambla con Avinguda Paral·lel. Hago el saludo fascista, intentando parar un taxi; Daria me baja el brazo, se abraza a él, deja caer su moflete izquierdo contra mi hombro y deja caer también un «¿Por qué no vamos a comer algo por aquí cerca...?». Llegamos a De Paula sin reservar mesa y De Paula, no todo iba a ser mal fario esta noche, nos recibe con una mesa libre. Daria y yo pedimos dos hamburguesas mata-blancos-nucleares y, como el blanco nuclear persiste pese a la deglución de carne roja, Daria propone cambiar de local de cara a la sobremesa.

—Quiero comprar un predictor —me dice a mí, primero, y a un farmacéutico de guardia, media hora después.

En ambos escenarios, como en aquel que les sucederá ya en nuestra casa, con el predictor esperando a dar sentencia sobre el poyete de la galería, el estado de Daria será exactamente el mismo.

Daria está embarazada. Vamos a ser padres. Ninguno de los dos lloramos, porque bailar y llorar a la vez no nos parece ni prudente, ni viable.

* * *

Ferran Palau

Festival PS, Barcelona

30 de mayo del año 2015

Ficha: Gratis, mayo y Barcelona. Imagina

Momento: El significativo outfit con el que actuaría Palau.

«El meu lament» mece el Parc de la Ciutadella como si la canción fuera una nana a deshora, pero nosotros dos no estamos allí. Es mediodía, primavera, sábado y hace un mes que Daria y yo salimos: ¿dónde íbamos a estar, sino en la cama? ¿Qué iba a ser esto, sino una crónica inventada? Has leído tantas de éstas, sin saberlo, que no tendrías nudillos suficientes para contarlas todas. Yo sólo estoy intentando ser honesto y salvar los muebles de estancias en las que no he estado; hacer de mi fraude algo sincero. Fingir y decirlo.

Fingir y decir que vi a Ferran Palau interpretar el tracklist de *Santa Ferida* vestido con un antiguo conjunto de su madre. Fingir y decir que aquello fue una decisión estética. Fingir y decir que no fue una acción para visibilizar al colectivo trans. Fingir y decir que la hija de Ferran, Mia, sigue llamándose Mia. Fingir y decir que su hijo Leo Palau no existe. Cerrar muy fuerte los ojos y decir que los niños con vagina no existen. Fingir y decir que el problema no es nuestro. Fingir y decir que no estamos obsesionados por asignar género a personas que no tienen derecho a réplica. Fingir y decir que, tres años después, no se me acumularán mensajes idénticos con preguntas idénticas: «¿Sabes ya si es niño o niña?». Fingir que no me espeluznaría: en el fondo, sólo te están interrogando sobre el tamaño del clít que tendrá tu futuro bebé. «¿Sabes ya si es niño o niña?»

—Lo que suelo contestar —enfrentaba esta cuestión Del LaGrace Volcano en *Maternidades subversivas*— varía dependiendo de mi estado de ánimo, de quién lo pregunta y por qué. Suelo preguntar, muy suavemente, «¿Has pensado alguna vez por qué esta pregunta es importante para ti?», o «¿Me estás preguntando qué clase de genitales tiene mi hijo?», o «¿Qué harías diferente si

lo supieras?»).

Según los estudios del psicólogo Terry Real, hablarles menos si son niños. Consolarlos menos si son niños. Alimentarlos menos si son niños. Obligarlos a construir un caparazón afectivo prácticamente imposible de resquebrajar antes de dirigirles palabra alguna: si el sexo se pregunta antes que el nombre, es porque para pronunciar un nombre necesitas saber el tono con el que debes hacerlo.

Tres años después de cubrir un concierto desde la cama, se me acumularán preguntas idénticas en mensajes idénticos. Copio y pego una nota en todos ellos. La misma en todos ellos. En todos ellos, respondo: «No queremos saberlo». Si pudiera, mantendría el misterio hasta que ésa no fuese una respuesta de la que yo tuviera que hacerme cargo. Si pudiera, cambiaría pañales con los ojos vendados. Si pudiera, no querría saberlo. Lo mejor que he escrito y escribiré nunca está en una nota de iPhone: «No queremos saberlo». Como respuesta a todo. Y volvemos a dormir después del desayuno. Y volvemos a follar antes de comer.

Qué exigente, la primavera, también en 2015.

* * *

Ferran Palau

Portal 22, Valls

8 de agosto del año 201

Ficha: 150 personas y ni un solo asiento libre.

Momento: Una versión de Kinder Malo y su «A veces».

¿Alguna vez has mirado una ecografía de la que tú hayas sido parte responsable? Es como mirar el panel luminoso de un aeropuerto en el que hubiese una única puerta de embarque para todos los vuelos, y todos los

vuelos fueran el tuyo. La doctora desliza el ecógrafo por el vientre con el cuidado y la calma de quien captura briznas de hierba del fondo de una piscina utilizando un cazamariposas. Eso es un brazo. Eso una pierna. Eso que retumba encabritado, ¿será mi pecho, el muy cabrón?

Es mi pecho, otra vez. Su latido, cinco meses ya de batucada, es lo único capaz de perturbar el concierto de Ferran Palau en Valls. El público convierte en sepulcro la terraza que acoge el bolo; el embrujo mudo durará todo el concierto, situando al autor de *Blanc* en una posición logística prácticamente perfecta. Desde aquí arriba, Ferran Palau podría convertirse en el cantante favorito de medio aforo. Desde aquí arriba, Ferran Palau se convierte en mi cantante favorito. Sus canciones, como las setas alucinógenas, estimulan al cubo consumidas en espacios abiertos, sin techo que las limite. «Cavall blanc» galopa majestuosa cielo arriba, clavando sus herraduras en un nimbo y provocando a resultas una pequeña llovizna. El instante, de tan bucólico, nos enerva y nos congratula a partes iguales. Nos empaña las gafas y nos importa bien poco. A medio aforo. A Daria y a mí.

Cuando llega el momento de «Serà un abisme», Daria me acaricia la espalda. Computo la fricción como un gesto afectuoso, incluso pasados unos días, mientras escribo esto en bañador.

La mañana antes del concierto y como grupo telonero, Daria y yo aprovechamos la quietud que reina en la casa de veraneo de sus padres, casa de veraneo a secas por las próximas dos horas, para arañarnos mutuamente la espalda. Lo hacemos sobre la que fue mi cama en el primer piso que compartí y la que ahora es cama de su hermano menor. En la habitación hay libros de *Pesadillas* y una Game Boy Color y un interruptor estúpido al que van a parar nuestras rodillas con cada espasmo. Sé que Daria se ha corrido, porque la luz del cuarto acaba de encenderse.

La apagamos con otro rodillazo. Con otro más, accionamos el grifo de la

ducha. Bajamos las persianas, por si llueve y, sí, llueve. Culpa de «Cavall blanc». Culpa de Ferran Palau. A diferencia del concierto en Sala Apolo, Ferran hoy actúa en solitario. A diferencia del concierto en el Parc de la Ciutadella, Ferran hoy lleva camiseta y jeans, no vestido. Daria sí: lo compró a principios de semana, con su madre, en un mercadillo callejero del Vendrell. El tendero, al darle el cambio, dejó caer una a una las monedas sobre la mano de Daria. Luego musitó:

—Es un niño.

Skits (por orden de aparición)

- *Cosas que no se olvidan*, Todd Solondz,
New Line Cinema, enero de 2002.
- «El candidato» (*Frasier* S02E07),
Paramount Television, noviembre de 1994.
- Castro, Ernesto, (intervención en) *Bailando con lobos*,
junio de 2017.
- Extremoduro, *Quemando tus recuerdos*,
DRO/Warner, julio de 1991.
- «Tinc por» (*Plats bruts* S01E02),
TV3, abril de 1999.
- *Annie Hall*, Woody Allen (after Groucho Marx),
United Artists, abril de 1977.
- Easton Ellis, Bret, *Lunar Park*,
Literatura Mondadori, febrero de 2006.
- Vasallo, Brigitte, (intervención en) *La família ha mort, visca la família*,
marzo de 2017.

[Audio]bibliografía

- Baños, Antonio, *Posteconomía*, Los Libros del Lince, mayo de 2012.
- Barnils, Andreu, «Sisa: “De follar no se n’escapa ni el rei ni el Papa”», *VilaWeb*, abril de 2018.
- Cooper, Dave, *Escombros*, La Cúpula, enero de 2001.
- Costa, Jordi, *Cómo acabar con la contracultura*, Taurus, mayo de 2018.
- De España, Ramón, «Miguel Gallardo: “Mataré a Makoki porque ésta ya no es su época”», *El País*, marzo de 1994.
- Despentes, Virginie, *Teoria King Kong*, Literatura Random House, enero de 2018 (ed. original, 2006).
- «Dylan Farrow details her sexual assault allegations against Woody Allen», *CBS This Morning*, enero de 2018.
- «El retorn d’en Sisa 16 anys després», *Àgora*, noviembre de 2000.
- French, Marilyn, *Sólo para mujeres*, Lumen, enero de 2012 (ed. original, 1977).
- G. Maldonado, Lorena, «Jorge Cremades: “Hay más violaciones a hombres que a mujeres”», *El Español*, diciembre de 2016.
- Halloway, Kali, «Toxic masculinity is killing men», *Alternet*, junio de 2015.
- Llopis, Maria, *Maternidades subversivas*, Txalaparta, octubre de 2015.
- Minchinela, Raúl, «Delasernas: Los tatuajes», *El Butano Popular*, octubre de 2012.
- Muñoz, Lucía, «Hatefuck de clase: Una aproximación», fanzine *Bulbasaur*, octubre de 2013.

Oehlschlähel, Reinhard, «Zum hamburger pressegespräch von Karlheinz Stockhausen», *MusikTexte*, noviembre de 2001.

Ordóñez, Marcos, *La bestia anda suelta*, Glénat, septiembre de 1997.

Salisbury, Mark, *Tim Burton por Tim Burton*, Alba, septiembre de 2000.

Sensato, Raúl, «Amplia cobertura», *Reflexiones de Repronto*, febrero de 2011.

Setoodeh, Ramin, «Chloe Sevigny says she would “probably not” work with Woody Allen again», *Variety*, enero de 2018.

Serrano, Rodolfo, «Ricardo Solfa se marcha de Madrid», *El País*, octubre de 2000.

Solanas, Valerie, *SCUM Manifesto*, Colección Punto de Mira (Lastura Ediciones y Editorial Juglar), 2018 (ed. original, 1967).

Weiss, Bari, «Aziz Ansari is Guilty: Of not being a mind reader», *The New York Times*, junio de 2018.

Winterfox, Cecilia, «Feminists are not responsible for educating men», *Feminist Current*, octubre de 2013.

Yagoda, María, «El movimiento por la supremacía femenina», *Broadly*, marzo de 2017.

Víctor Parkas dispara contra la hombría en *Game Boy*.

Esta suma endiabladamente pop de sangrantes columnas de opinión y relatos tragicómicos es un dardo directo al ocaso de las masculinidades tóxicas.



«Las nuevas masculinidades, para ser realmente nuevas, tienen que estar dispuestas a tomar posiciones que las lleven a sufrir el acoso, la suspicacia, la fiscalización, la persecución que sufren y han sufrido el resto de opciones genéricas, por el simple hecho de serlo frente a una dominante. El hombre nuevo sólo puede serlo si acepta adoptar gestos que no den réditos de cara a la galería [...]. Lo que sería nuevo es que los hombres, tan ansiosos de refundarse, desistieran para alivio del resto. Que entregasen las armas y se disolvieran [...]. Que todos los grupos de hombres merodeando por espacios públicos sean detenidos, identificados y disueltos. Que cinco tipos conjurados en un portal no puedan ser tratados de otro modo, en lo jurídico, que como es tratada una organización terrorista.»

Así habla Víctor Parkas en *Game Boy*, un libro que no es una recopilación de sangrantes columnas de opinión, ni tampoco una novelita generacional sobre el ocaso de las masculinidades tóxicas, ni mucho menos un conjunto de relatos endiabladamente pop. *Game Boy* es todas esas cosas a la vez, además de la confirmación de que su autor se ha convertido en uno de los críticos más voraces del panorama literario en español.

Víctor Parkas (Sant Boi de Llobregat, 1990) es periodista cultural y narrador. Sus textos han aparecido en medios digitales como *Barcelonés*, *Serielizados*, *Nylon* o *Eslang*. También ha publicado en cabeceras como *El Periódico* y *Tentaciones* de *El País*, y actualmente es redactor en *PlayGround*. *Game Boy* es su primer libro.

Si te ha gustado *Game Boy...*





Para entrar o salir de la ciudad sitiada

La vida periférica. *Roxana Villarreal*

Fuera de tiempo. *Antonio de Paco*

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

La pertenencia. *Gema Nieto*

Los primeros días de Pompeya. *María Folguera*

El estado natural de las cosas. *Alejandro Morellón*

La fórmula Miralbes. *Braulio Ortiz Poole*

Algunas ideas buenísimas que el mundo se va a perder. *Alberto Olmos*

La acústica de los iglús. *Almudena Sánchez*

Felipón. *David Muñoz Mateos*

La hija del comunista. *Aroa Moreno Durán*

Televisión. *María Cabrera*

Animal doméstico. *Mario Hinojos*

Madre mía. *Florencia del campo*

En la ciudad líquida. *Marta Rebón*

Y ahora lo importante. *Beatriz Navas Valdés*

Las ventajas de la vida en el campo. *Pilar Fraile*

Umbral. *Silvia Terrón*

Maratón balcánico. *Miguel Roán*



*Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura
hispanica*

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Víctor Parkas

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

«Game Boy» es una marca registrada de Nintendo Co., Ltd. Dicha empresa no ha participado de ninguna forma en la edición de esta obra.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Escalpez

Fotografía de portada: © ThinkStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-04-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Uno puede, o bien permanecer en casa de sus padres, o bien independizarse, pero nadie puede quedarse viviendo en medio del portal: yo sí te creo, Dylan.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Game Boy

La irrelevancia

Skit / No quiero hablar de mi vida

Game Boy Pocket

Consenso

Skit / La feminización de la política (y el clickbait)

Retablo de la muerte de la Alt-Lit

La colada

Skit / ¿Qué es el feminismo?

Línea chungu

Esto es de parte de Matilda

Skit / Ni fotos, ni felicitaciones, ni pedidas

Bananas

Game Boy Advance

Skit / La vocación

Temporada 96/97

Speed

[Skit / Espacios no-mixtos](#)

[Museos](#)

[Codeisan](#)

[Skit / No quiero hablar de mi vida II](#)

[Hable con él](#)

[Dadle una oportunidad a los escraches feministas](#)

[Skit / Traduït del català](#)

[Game Boy Color](#)

[Skits \(por orden de aparición\)](#)

[\[Audio\]bibliografía](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Víctor Parkas](#)

[Si te ha gustado Game Boy...](#)

[Últimos títulos publicados](#)

[Entra en la ciudad sitiada](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)